

Alejandro Jodorowsky
TRES CUENTOS MÁGICOS
(para niños mutantes)



Siruela

TRES CUENTOS
MÁGICOS
(para niños mutantes)

ALEJANDRO JODOROWSKY

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Memorias de un niño bombero
Loïe del cielo
La increíble mosca humana
Créditos

TRES CUENTOS MÁGICOS
(para niños mutantes)

Memorias de un niño bombero

A mi hijo Brontis, por sembrar semillas vivas
en la soledad de mis sueños.

1

Yo sabía que con un gesto de mis manos podía abrir una puerta en el cielo. Sabía que me era posible extraer de la montaña su corazón de cristal. Me bastaba dar un salto con la mente para entrar en la cabeza de un águila y planear el día entero sobre el valle. Podía comprender los textos sagrados que se deslizaban en el murmullo de las hojas. Las moscas no lograban ocultarme que eran reinas caídas de otro mundo. En mi cuerpo de niño habitaba una Maga.

–¿Qué haces dentro de mí? ¿Por qué no te vas a vivir a un árbol hueco? –le decía yo.

–Me quedo aquí porque me gusta el sonido aterciopelado de tu corazón. No te preocupes, soy como una osa que duerme en el invierno –respondía ella.

–Te equivocas, Maga mía: en esta aldea junto al desierto hace tres siglos que no llueve. Aquí no hay invierno.

–Las osas duermen en invierno, pero a mí es el verano el que me amodorra. Déjame dormir. Despiértame sólo si te encuentras en peligro.

¿Sentirme en peligro? ¿Por qué, si yo tenía la absoluta seguridad de que nunca iba a morir? Todos los seres vivientes, es decir todo lo existente, incluso el agua o las rocas, eran mis aliados. Nos unían invisibles hebras de oro. El universo entero formaba parte de mi cuerpo y mi aldea se prolongaba hasta las ocho esquinas del cosmos. Sentados en sus barcas, cerca de la playa, los pescadores me saludaban alzando un remo. Sentados en sus tumbas, en el cementerio, los difuntos me saludaban alzando una corona. Así es, yo lo sabía todo, yo lo podía todo. Tenía 6 años.

2

Mi madre murió seis meses después de darme a luz. Aún guardo en mi lengua el sabor celestial de su leche. Nunca se dejó fotografiar, por miedo a quedar prisionera en un pedazo de papel. Mi padre me contó que su piel era más blanca que la única nube que desde hace cien años flota en nuestro cielo. Medía tres metros y medio, y su cabellera rubia, el doble de larga, la seguía semejante a una cola esplendorosa. No sabía hablar como el común de los mortales, sólo se expresaba cantando. Frente a su espejo en forma de luna menguante, solía perfumarse mientras fumaba un pitillo negro con boquilla dorada. A mí me encantaba entrar en su tocador vacío, conservado tal como quedó el día de su fallecimiento, para husmear su frasco de perfume, imaginando el momento en que esa fragancia desembocaba como un río en el aroma oceánico de su cuerpo. Cierta vez, después de acariciar el encendedor de plata que tantas veces había conocido la presión de sus dedos, me atreví a encender un cigarrillo, vaporizando su bálsamo. Una gota cayó en el tabaco humeante para consumirse exhalando una pequeña llama azul. Por la tarde, cuando de la nube solitaria parecía llover sangre, mientras mi padre trabajaba en «La Tentación: tienda donde se vende de todo», robé el encendedor y el vaporizador. Fui a nuestro patio de tierra seca y me arrodillé junto a la doble fila de hormigas que iban del hormiguero hacia

el fin del mundo, para regresar cargando tesoros invisibles. Las rocié con el perfume y les acerqué el encendedor. Los diminutos bichos se convirtieron en mariposas terrestres de alas azules. Un riachuelo brillante se extendió por el terreno estéril, convirtiéndolo por primera vez en jardín. Descubrí otras filas de hormigas, a las que también inflamé. Por último me acerqué al hormiguero, un cúmulo de barro semejante a una catedral diminuta. Le propiné una patada amorosa y en el centro de su derrumbe, de donde surgía un remolino de patas, antenas y cuerpecitos alocados, lancé nubes fragantes que de inmediato convertí en un incendio opalino. Mi alma, en ese entonces, no conocía la crueldad. Me fascinaba la belleza. Un ejército de hormigas deshaciéndose en luz convertía el patio infecundo en un vergel encantador. De pronto esa marea de menudas llamas avanzó hacia mí y cerca de mis rodillas se ordenó de tal manera que formó un gran ojo azul. Sopló el viento helado del atardecer y, con dulzura, lo elevó hasta la altura de mi rostro. Antes de que la corriente de aire se lo llevara, vi surgir del ojo de fuego una lágrima. ¡Las hormigas sufrían!

3

Me dije: es cierto que las hormigas sufren cuando arden, porque están vivas. Pero los zapatos son insensibles. Convertirse en llama azul no puede molestarlos... Con la misma atención con que los gatos miran a los cuervos, observé el calzado de la gente que, tal como mi padre, venía el domingo a la plaza central para escuchar a la orquesta de los bomberos tocar un *andante* que imitaba el galope triunfal de una manada de caballos. Yo no miraba a los músicos sino a los zapatos de la gente, buscando el par más sólido, aquel que por ningún motivo se pondría a llorar en el momento de quemarse. Divisé unos negros, de cuero opaco y suelas espesas, con las puntas anchas y redondas, tan pesados como piedras, tan insensibles como dos cucarachas muertas. Llevaba yo en un bolsillo el vaporizador y el encendedor, que otra vez había escamoteado... Terminada la cabalgata musical, el propietario de los zapatos, delante de los bomberos, que vaciaban la saliva de sus trombones, comenzó a dar un discurso. Me acerqué a él sin que nadie me lo impidiera, puesto que un niño no podía ser peligroso, le rocié las cucarachas y les prendí fuego. Primero exhalaban un humo oscuro, luego estallaron en luminosas lenguas violetas. Entre los músicos, convertidos en estatuas, oí al flautista susurrar sin atreverse a mover los labios:

–Se está quemando el señor Alcalde.

Los espectadores, también convertidos en estatuas, respiraron por la nariz con tal profundidad que un ruido de olas marinas invadió la plaza. El Alcalde, preso en la jaula de su dignidad, siguió perorando sin permitirse inclinar la cabeza hacia los pies. Su rostro comenzó a llenarse de arrugas y en el hilo de sus frases se enredó el vacío de un grito contenido. Me di cuenta de que, por respeto a su imagen pública, este majestuoso funcionario continuaría su discurso, derecho como un palo, hasta hacerse cenizas. Por otra parte, los vecinos no podían cometer la afrenta de lanzar agua a tan importantes extremidades. Comprendí mi error: los calzados estaban rellenos de pies vivos y sensibles, como las hormigas. Puesto que nadie osaría ofender al Alcalde y puesto que el Alcalde nunca se permitiría aceptar que sus zapatos ardían, me acerqué a ellos, arremangué una pierna corta de mi pantalón sin bragueta, asomé mi pajarito y apagué las llamas con un ambarino chorro... Mi padre corrió hacia mí y, tomándome de un brazo, me sacudió como ropa sin cuerpo. Luego, apretándome contra su pecho, imploró al orador:

–Perdónelo, Su Excelencia. Este niño aún no sabe medir el pecado que es orinarle los zapatos

a un Alcalde.

El gran hombre alzó una mano peluda y, con una voz surgida de sus cavernas interiores, derramó un «Yo te perdono, enano loco». La muchedumbre, cesando de emitir resoplidos de ola marina, aplaudió. Mi padre, avergonzado, atravesando el gentío, me arrastró hacia La Tentación, bajó el cierre metálico, cayó de rodillas y, arropado por la fría penumbra, me miró para preguntarme entre suspiros:

—¿Qué voy a hacer de ti?

4

Esa noche, oculto debajo de mis sábanas, llamé a la Maga.

—Me dijiste que te despertara si me encontraba en peligro. ¡Ven, te necesito!

Tuve que repetir setenta y ocho veces este ven-te-necesito. Por fin apareció, bostezando.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Si quieres que aparezca más rápido, llámame por mi nombre.

—¡Ya sé, te llamas Rosa-Pura!

—¡No! Ése era el nombre de tu madre, pero créeme, te lo ruego, aunque yo mida tres metros y medio y tenga una cabellera dorada, larga de siete metros, no soy ella. Soy la sabia doña Filovera. ¿Qué te sucede...?

—Ay, doña Filovera, me gusta el fuego, lo quiero, pero, por las reacciones de las hormigas y del Alcalde, me he dado cuenta de que quienes lo engendran lo detestan. Y ése es mi problema, porque lo amo por sobre todas las cosas. Es más bello que las piedras, que las plantas, que el mar, que nosotros los animales. Nada ni nadie ilumina al mismo tiempo que calienta, danza, crece, produce murmullos de seda, alegra los ojos con sus mil colores. ¡Quisiera incendiar el mundo para que vivamos en un planeta convertido en sol!

—Ni sin sol ni dentro del sol se puede vivir, pequeño. Su fuego da vida pero también calcina. ¿Sabes?, todo frente tiene su detrás, todo alto su bajo, todo comienzo su fin, todo bien su mal, toda belleza su fealdad. Nada ni nadie hay que no sea doble. La realidad es lo que es, al mismo tiempo que es lo que no es. Tan importante es lo que sientes como lo que no sientes. Tu hermoso fuego es también un fuego cruel. Las llamas que tanto admiras a veces otorgan, a veces devoran. Las hormigas que arden son bellas para ti, pero para ellas arder es un martirio. Mi pequeño, el conocimiento no se adquiere a través de palabras, sino por la carne. Tú viviste en otros siglos, de vida en vida renaciste como mago; muchas veces, sacerdotes fanáticos te quemaron vivo. A través de tu carne ardiendo, te hiciste admirador del fuego.

—¿Yo, mago?

—Sí, repite estas palabras: Lamac, garac, ababa, carag, camal...

—¡Lamac, garac, ababa, carag, camal! —repetí.

Estalló una llama en la punta del dedo índice de mi mano derecha. Aunque esa lengua amarilla era más linda que un canario, no por eso dejé de morderme. Lancé un grito. La Maga la apagó.

—¿Comprendes ahora? Al fuego hay que domarlo como a un animal de circo, enseñarle a graduarse, a respetar límites, obedecer órdenes. Dejado libre, consume y asesina. El dedo de tu mano forma parte del mundo: si cuando arde te duele, cualquier parte del mundo que se incendie también te producirá sufrimiento, no en el cuerpo: en el alma.

—¡Gracias a ti, doña Filovera, comprendo para qué vivo: mi misión es domar el buen fuego y apagar el fuego malo! ¡Seré bombero, como lo es también mi padre!

5

Mi padre, no sabiendo qué hacer de mi locura, me convirtió en mascota de la Primera Compañía de Bomberos de nuestra querida aldea, comprimida entre el gélido océano y la abrupta cordillera. Así, con un pantalón blanco de piernas largas, una chaqueta roja con botones dorados, una estrella de cinco puntas en el pecho y un casco azul de metal, yo no podía fallar, ni tener vértigo. Ahí estaba, muy tranquilo, en perfecto equilibrio sobre la balaustrada, quinto piso, al borde del abismo, esperando a que terminaran de atar la lona como pedía el ejercicio anual de la Compañía para lanzarme, intrépido y confiado, hacia los brazos de mi padre. Un silencio mortal embargaba a los espectadores. Mi progenitor les había pedido no moverse, no hablar, no intervenir. Cualquier acción podía sacarme de mi hipnosis. Él, acostumbrado a competir y abrirse paso a codazos, no podía concebir lo que era tener fe y confiar, como yo, en la Maga, en el cuerpo de bomberos, en el mundo entero. El uniforme me convertía en héroe. Si me hubieran ordenado esperar de pie sobre la cabeza de un alfiler, habría podido hacerlo. Terminaron de amarrar la lona. Por la estrecha barandilla de cinco centímetros avancé con toda calma, di un hábil salto, caí en la tela y me deslicé lanzando una exclamación de triunfo. Cuando llegué abajo, mi padre me dio una cachetada: «¡Niño idiota!». Pero los bomberos y los mirones me aplaudieron. No comprendí: por un lado se me insultaba, por el otro se me alababa. Se apagó mi luz interior. Comencé a caminar en las tinieblas, sin saber cuáles eran mis errores y cuáles eran mis valores. Esto sucedió un domingo. Viví triste del lunes al viernes, hasta las once de la mañana... A esa hora comenzó a ulular la sirena del cuartel de bomberos. Di un salto y, ante la asombrada mirada del profesor de gramática, salí pitando de la escuela. Corrí dos cuadras lanzando desaforados gritos: «¡Esperadme! ¡Esperadme!». Llegué al cuartel justo cuando el camión rojo con tubos de bronce, cajones para las hachas, escaleras y rollos de mangueras, comenzaba a emerger violando el aire seco con un interminable ladrido. Me trepé entre el racimo de bomberos y, aferrado de las musculosas piernas del autor de mis días, me dejé llevar hacia el fuego. Llegamos a la Manchuria, el barrio de los pobres... Un extenso bloque de casas de un piso construidas con planchas de cinc oxidadas, sacos de patatas, trozos de cartón, madera carcomida, barro. ¿Agua para las mangueras? ¿De dónde? La Manchuria estaba edificada en las faldas reseca de cerros que eran la frontera de un desierto marchito. Los bomberos comenzaron a demoler a hachazo limpio las casas alrededor de las que ardían para que el incendio no se extendiera. Viendo acercarse una multitud, mi padre me gritó, dándome un silbato:

—No te bajes del camión, estos piojosos van a tratar de robar las mangueras, las escaleras, las llantas, los tubos de bronce, la gasolina y las hachas que quedan. Si alguno comienza a hacerlo, lanza un pitido, lo más fuerte que puedas: ¡regresaremos para echarlos a patadas!

En medio de la apesosa humareda, me quedé sentado en ese vehículo que yo veía como un palacio, agitando amenazador el silbato hacia los andrajosos. Otra vez se desmoronó mi alegría, mi orgullo de bombero: «Por un lado los salvamos del fuego, por el otro, los despreciamos. Debemos amarlos y debemos odiarlos, somos dobles. La Maga tenía razón».

Cuando los bomberos acabaron de extinguir las llamas, se dieron cuenta de que les faltaba su

comandante: lo arrancaron de los escombros convertido en algo negro. Velaron ese oscuro cadáver en el cuartel, dentro de un ataúd blanco. A media noche lo sacaron de allí para llevarlo, en un solemne desfile, hacia el cementerio. Primero iba la orquesta tocando una desgarradora marcha fúnebre, luego iba yo –la mascota, solo, menudo, aterrado–, ocultando con un rostro de guerrero mi inconmensurable angustia. Después avanzaba el ostentoso coche portando el féretro y por fin, detrás de él, las tres Compañías con sus trajes de parada, cada bombero alzando una antorcha. De común acuerdo, todas las luces de la aldea estaban apagadas. La sirena del cuartel no cesaba de gemir. Las teas creaban sombras que se agitaban como buitres ávidos. Me desmayé. Desperté en mi cama con una fiebre muy alta. Mi padre, mientras me ponía toallas húmedas en la frente y en el vientre, me dijo:

–Si hubiera sabido que eras tan miedoso, no te llevo al entierro. Por suerte te recogí apenas caíste. No te preocupes, nadie se dio cuenta de tu cobardía.

¿Cobardía? ¡Pero no, no era eso! El ritmo de la marcha fúnebre me había sacado de mi cuerpo y transportado hasta dentro del ataúd. Yo, rumbo al cementerio, iba acostado al lado del muerto, su cara negra cruzada por una medialuna de dientes blancos, pegada junto a mi cara. Sólo desmayándome podía escapar del nauseabundo féretro.

6

En nuestro pueblo, tan pequeño, los incendios eran escasos. Ser bombero se convertía en una actividad social: un desfile cada aniversario de la fundación de la Brigada, el ejercicio público para probar los equipos, un campeonato de fútbol entre las tres Compañías, la presentación de la orquesta los domingos en el kiosco de la plaza y, por encima de ello, un baile mensual en el amplio segundo piso del cuartel. Llegaban las señoritas acompañadas de su madre o de una tía para danzar con los héroes, que las recibían enfundados en sus uniformes de gala. Un par de curas, organizando con disimulo los futuros matrimonios, servían el ponche donde nadaban trozos de naranja, durazno, piña y fresa. Todos bebían el líquido alcohólico desdeñando las frutas, quizás porque les parecía de mal gusto mascar en tan románticos momentos. Yo, mascota, no tenía nada que hacer ahí. Me pasaba el tiempo dando vueltas a las hojas de papel pautado donde el clarinetista de la Tercera Compañía leía sus tangos y boleros... En una de esas fiestas tuve la tentación de comer los trozos de fruta que reposaban en los vasos vacíos. Fue una delicia. De pronto me dio hipo. Luego sentí que el suelo se balanceaba. Avancé tropezando hasta el centro del salón y me desplomé en medio de los danzantes. Se formó un círculo alrededor de mí.

–Pobre niño, tiene un ataque de epilepsia...

–No tiembla, debe de ser un tumor cerebral...

–O una crisis cardíaca...

Mi padre, abandonando su sonrisa de don Juan, me tomó en sus brazos. Yo, con un habla estropajosa, le dije:

–No te preocupes, papá, estoy borracho... Me comí las frutas del ponche.

Todos se pusieron a reír. Mi padre me cargó en sus espaldas y me llevó hacia la casa. Era la primera vez que tenía un contacto físico con él.

–Hijo mío, no somos maricas. Los verdaderos hombres no lloran ni se acarician...

El olor de sus axilas era intenso, delicioso, más que el mejor de los perfumes. Mi pecho,

apretado contra su espalda, sorbía con ansias su calor... Extasiado, apreté una mejilla contra su nuca y me entregué al placer de ser llevado en esa sublime nave... Me lanzó en la cama, me desvistió sin ternura, me dijo «¡Duerme!» y, antes de irse, accedió a darme un beso en la frente. Su saliva se adhirió a mi piel, la atravesó, perforó el hueso y durante toda la noche se convirtió en un tercer ojo. Estoy seguro de que vi, alrededor de mí, millares de ángeles girando. Cuando desperté tenía sed, me dolía la cabeza. Por vergüenza, declaré que lo había olvidado todo.

7

Yo, igual que mi madre, tenía una cabellera rubia que brillaba como una aureola. Mi padre, arrastrándome hacia el peluquero, sin dejar de repetir «¡No somos maricas!», asistió con rostro severo a mi total rapadura. Cuando no vio diferencia entre mi cráneo y una bola de billar, lanzó un suspiro de satisfacción y me abrazó; nunca antes lo había hecho.

–Aunque en el entierro de nuestro comandante te desmayaste como una nena, hoy por fin tienes el aspecto de un hombre. Pero, carente de valentía, ¿mereces ser bombero? Si piensas que nuestro deber consiste en apagar incendios, te equivocas. La verdadera misión de un bombero es salvar vidas. Nuestro enemigo no es sólo el fuego, sino también el agua cuando inunda, la tierra cuando estalla en remezones, el aire cuando se transforma en huracán. Agrega los accidentes, los ataques de animales, los derrumbes, y tantas otras amenazas...

Pensé: «Hay peligros que no conoce la gente grande, y que nosotros los pequeños podemos captar. Muertos que no quieren habitar solos en su ataúd intentan succionarnos el alma para arrastrarla con ellos al agujero final; pájaros perdidos que entran por nuestras orejas ponen sus huevos en el centro del cerebro y cuando nacen sus pollos los alimentan de nuestros sueños; piedras en cuyo interior duerme un ogro: si pisamos una, el monstruo se despierta y nos come los ojos y la lengua; sombras que se convierten en flechas, reflejos que muerden como víboras, bolas de barro que en la noche se nos meten en la cama, se nos pegan al pecho e inoculan penas tratando de que lloremos hasta que nuestra carne se disuelva en lágrimas». Mi padre continuó:

–Ya que, a pesar de ser cobarde, aspiras a bombero, no sólo servirás para impedir que los piojosos roben las mangueras y las hachas, también serás mi ayudante en caso de que otros peligros requieran ayuda.

Me sentí orgulloso. Mi padre me permitía, junto a él, no sólo luchar contra el fuego sino también contra la noche. Desde ese momento, dejé de dormir. Mientras la tinta negra de mi enemiga caía sobre los seres y las cosas, yo, sentado en la cama, forzando mis ojos a permanecer abiertos, esperaba la erupción de un peligro que me permitiera demostrar a mi padre que yo no era un cobarde.

8

Lo confieso: me alegré. Mientras velaba inventando batallas heroicas con las manchas del techo, un ruido estruendoso llegó desde la calle. Ruedas frenando, rotura de vidrios, metales raspando el asfalto, un quejido desgarrador, un camión que se emboza en el velo de la noche. ¡Un

accidente! Sentí cómo mi padre se vestía apresurado. Yo hice lo mismo. Bajó la escalera dando saltos. Traté de imitarlo. Rodé cuesta abajo sin sentir dolor alguno. Detrás de él, con fidelidad perruna, avancé por la calle. Junto a una bicicleta aplastada, el hombre yacía de espaldas, como un tranquilo durmiente sobre un mullido colchón rojo. Mi padre, sin darse cuenta de mi presencia, se arrodilló junto al caído, exclamando:

—¡Este atropellado pierde su sangre y nadie se asoma! ¡Al menor problema se convierten en piedras! ¡Maldición, hemos repetido una y otra vez al Alcalde que escriba al Ministerio exigiendo que mande instalar teléfonos en nuestro pueblo! ¡Es como si no existiéramos: ni siquiera aparecemos en los mapas! —me miró entonces como si yo fuera un fantasma que se materializa—. Qué bueno que estés aquí. Tendrás que comportarte como un auténtico bombero. Acompaña a este pobre. Yo corro a buscar un médico. Espero no demorarme mucho. Tú toma esta pistola, pero no vayas a apretar el gatillo. Si alguien se acerca, dirige el cañón hacia su cara. Se irá corriendo. Estos piojosos son cobardes. Si no lo haces así, le robarán los zapatos, el reloj, el dinero que lleva, hasta un diente si lo tiene de oro...

Me empujó hacia el caído y se alejó corriendo. Sudé, me puse a temblar, me vinieron arcadas, creí ver sombras como enormes arañas bajar por las paredes de las casas y deslizarse hasta nosotros con la intención de devorarnos. La acidez de la pistola me roía la mano. Pedí ayuda a doña Filovera y, gracias a ella, pude dominar mi pánico. Siguiendo sus consejos, metí el arma en un bolsillo, acerqué mis labios a la oreja del herido y le murmuré:

—Pertenezco a la gloriosa Primera Compañía de Bomberos, lo que me da el derecho de prohibirle que cruce la frontera que separa este mundo del otro, aquel donde se entra dejando abandonada la materia. La sangre es suya y por eso ella debe obedecerle, así como yo obedezco a mi padre: dele la orden de dejar de escurrirse, dígame que no es ninguna serpiente colorada para reptar así por la calle. Deje que sus pulmones, absorbiendo y exhalando, jueguen con el aire; despéguese del dolor, encumbrándolo como un volantín lo más arriba que pueda; siéntase transparente y tranquilo, con la seguridad de que yo estoy aquí para que nadie venga a robarle la vida.

Comenzó a respirar con un ritmo regular, su sangre cesó de manar. Estiró una mano hacia mí. A pesar de que la mía era mucho más pequeña, la acomodó en mi palma, tal como un pajarito en su nido. Mis dedos se convirtieron en cinco madres henchidas de compasión. Yo sabía que la muerte era una perra negra. Sentí su aliento helado. Con la autoridad que me confería ser bombero, le ordené: «¡Quieta, espera!». Y ella se agazapó. Los minutos me parecieron largos como cuellos de jirafa. Pegada contra el asfalto, la bestia voraz, milímetro a milímetro, no cesaba de acercarse. De pronto la noche fue tragada por una linterna. Mi padre, acompañado por el médico y dos enfermeros portando una camilla, galopaba hacia nosotros. Demasiado tarde. La perra le entró por la planta de los pies y subió a morderle el corazón. Mi protegido cesó de respirar. Nunca olvidaré sus ojos: aunque bien abiertos, su mirada fue cayendo por las pupilas convertidas en pozos sin fondo. En un segundo dejó de ser, para convertirse en cosa. Los cabellos se me erizaron en la nuca y, levantando la cara hacia el cielo, comencé a lanzar un largo aullido, al que respondieron todos los perros de la vecindad.

Al día siguiente mi padre me llevó al CEA (Campo de Exterminio Animal). El calor constante, y la escasez de agua potable, volvía locos a muchos animales domésticos. Por otra parte, la extensa pobreza hacía que sus dueños los alimentaran tarde, mal o nunca. Acababan enfermando. Sus propietarios, encariñados con ellos, no lograban reunir las fuerzas necesarias para matarlos. Los dejaban extinguirse poco a poco, lo que los convertía en un peligro público, porque las moscas, zancudos, gusanos repartían sus microbios por todos lados. Al Alcalde se le ocurrió crear el CEA, un terreno encerrado entre muros y con un techo de lona donde se depositaba a las bestias enfermas, sin comida ni agua, para que reventaran, a pesar de haber prometido a sus dueños que las pobres recibirían un trato cariñoso. Nadie podía entrar en esa efímera morada excepto bomberos o basureros, que lanzaban los cadáveres al horno crematorio... Al entrar en el maloliente recinto, mi padre sacó de un bolsillo la pistola que yo ya conocía. Con una sonrisa que pretendía ser amable pero que por lo tensa me pareció el arco de una flecha cruel, me dijo:

—Mi pequeño, no somos maricas. Un hombre, sobre todo si es bombero, al ver un muerto, no levanta el hocico hacia el cielo y se pone a aullar de tristeza acompañado a coro por los perros del vecindario. ¿Por qué te conmoviste así? No hay Dios, todos vamos a morir, todos nos pudriremos, todos dejaremos de pensar y de sufrir. Llorar es cosa de mujeres, rezarle a un barbudo de yeso es cosa de mujeres. También es cosa de mujeres querer que nadie sufra. Sin dolor no hay conocimiento. Sin muerte no hay vida. Te lo repito, no somos maricas. Vas a demostrarme ahora que eres un verdadero hombre. ¿Quieres ser bombero? ¡Toma la pistola! Estos animales están agonizando. Van a morir pronto. Tenerles piedad no sirve de nada. Para que comprendas lo importante que es la vida, tienes que saber cuán fácil es perderla. ¡Apunta con el cañón a la cabeza de este burro y aprieta el gatillo!

Me faltaron palabras para decirle a mi obtuso padre:

—Los perros no aúllan por tristeza sino para acompañar el alma del muerto cuando inicia su viaje hacia la conciencia de donde emana el cosmos. Ellos pueden ver lo que hay más allá de la materia y conocen los caminos para llegar al centro generador, una especie de corazón de donde todo sale y adonde todo llega. El difunto, aún sin experiencia en lo inmaterial, puede perderse en el mar de sombras. Con sus largos aullidos, los perros lo guían. Yo tengo algo de perro: también puedo ver los senderos sagrados. Por eso levanté mi cabeza, miré hacia el infinito y dejé salir de mi alma un sonido que, aunado al que emitían los canes, se convirtió en una escalera luminosa. Vimos al finado subir lentamente los primeros peldaños, para luego, anegado de felicidad, subirlos de dos en dos, de tres en tres, de cinco en cinco, hasta comenzar a volar y perderse en lo inefable.

Mi padre se obstinaba en creer que yo era un cobarde. Tomé la pistola, con las dos manos porque para mí era pesada, coloqué un índice en el gatillo y apunté hacia la cabeza del burro. El animal no se sostenía sobre sus patas. Con las rodillas dobladas, y la nariz pegada al suelo de tierra, parecía rezar. Me miró, salido a medias de su cuerpo. Lo escuché decirme:

—Una parte de mí, la que te habla, habita ya en la deliciosa dimensión del amor, donde nadie me dará de palos. La otra parte, aún atada al esqueleto, me recuerda que nunca fui libre. No me importa que me quites esa pequeña porción de vida. Aunque se me dio el privilegio de nacer, conocer el aroma del aire, el sabor de los cardos, el canto de las cigarras, puede más mi deseo de regresar al seno divino. Dispara sin pena, niño querido, todas las fuerzas del universo se han confabulado para darte a ti la importante misión de matarme. ¡Hazlo!

Apreté el gatillo. La sangrienta explosión me lanzó hacia atrás. Caí en los brazos de mi padre, que, estrechándome con fuerza de gorila, se puso a lanzar grandes carcajadas. Los pensionados

del CEA, un loro desplumado, un gato cubierto de sarna, un mico sin piernas arrastrándose sobre el culo y un rumiante más esqueleto que vaca, para el asombro de mi padre, comenzaron a aullar como perros. Con las cabezas alzadas hacia el firmamento, de sus gargantas surgió un largo, largo, largo ulular... Vi al burro subir los escalones, mientras su forma se iba esfumando, para dejar libre su conciencia. A medida que ascendía se asemejaba cada vez más a una estrella.

10

–Si fuiste capaz de matar a quien lo necesitaba, ya puedes salvar vidas. Un bombero tiene en una mano una manguera, en la otra un hacha. Para proteger, a veces debe destruir. Sin embargo, si quieres que te considere valiente, tienes que demostrar que confías en mí –sin darse cuenta, mientras hablaba, mi padre me acarició la cabeza. Comencé a ronronear y retiró su mano, dando un salto hacia atrás–. ¡Basta! Los humanos no ronronean como gatos, ni tampoco aúllan como perros. Eres un niño raro. Voy a ver si te enderezo. Ven, vamos a la playa.

En el lugar al que me llevó no había nadie: era una lengua de océano entre un desfiladero de rocas orgullosas. Las olas, altas como elefantes apoyados sobre sus patas traseras, venían a estrellarse en una escuálida franja de arena, reventando en lluvias multicolores.

–¡Desnúdate! –me ordenó al mismo tiempo que él se despojaba de sus ropas. Vi entre sus piernas un pájaro semejante al mío, pero mucho más grande, que se balanceaba como el péndulo del gran reloj de tres metros y medio de alto que mi abuelo había regalado a mi madre para que le sirviera de ataúd–. Sujétate a mi cuello y pégate a mi espalda. Si te sueltas, te ahogas.

Así lo hice. Se lanzó corriendo hacia las olas, estiró los brazos con las manos juntas y, convertido en arpón, atravesó sus vientres líquidos, una vez y otra. El reventar de las crestas era atronador. Subíamos y bajábamos para sumergirnos en ese mar loco de furia. Mis dedos, azules y crispados, comenzaron a fallar. Pensé en el burro enfermo. Después de todo, morir consistía sólo en subir una escalera, esfumándote hasta convertirte en estrella...

–¡Alto, hijito mío, no renuncies! –me dijo doña Filovera–. Te prometí venir cuando estuvieras en peligro. Aunque no me hayas llamado, aquí me tienes. Olvida el miedo y el frío y escucha: tu padre es un magnífico guerrero, pero está encerrado en los muros de su mente. Muros que son millares de palabras pegadas unas sobre otras. Más allá de esas palabras, no ve nada. Cree que su celda es todo y que lo que está fuera de los límites de su percepción no existe. No conoce, como tú, el milagroso país de los sueños. Por seguir sus principios, duros como gigantescos clavos de bronce, pone en peligro tu existencia. ¿Deseas satisfacerlo? ¿Quieres confiar en tu padre? ¡Decídate primero a confiar en ti mismo! Suéltate y nada a su lado con la absoluta seguridad de que el océano no te va a devorar. El agua no es estúpida, tiene sensibilidad, es capaz de comprenderte. Te lo aseguro, puedes hacerte obedecer por las delicadas conciencias que habitan en cada gota. No temas su amor, disfrazado en olas iracundas, imponles tu voluntad.

Alentado por las palabras de la Maga, dejé que a mis ojos acudiera otra forma de mirar, mucho más antigua. Pude ver los espíritus elementales que habitaban en el agua, brillos que se condensaban en diminutas mujeres de piel azul celeste y cabellera irisada. Se extendían por todo el océano, emitiendo en un éxtasis interminable sonidos llenos de gozo. Dándose cuenta de que yo las percibía, las mujercitas se agruparon alrededor de mí formando círculos que se iban agrandando hasta llegar a la costa. Solté el cuello de mi padre y comencé a nadar a su lado.

Ofuscado, me atrapó por los cabellos y comenzó a dar violentas brazadas, luchando contra la corriente, para llevarme a la playa. Cuando lo vi exhausto, di una orden a mis amigas y éstas, abriendo un plácido sendero que atravesaba las olas, nos depositaron en la arena. Mi padre, tendido boca abajo, resollaba tratando de recuperar el aliento.

—¡Idiota, te separaste de mí! ¡Por tener que salvarte el pellejo, me pusiste en peligro! De milagro no nos hemos ahogado... En fin, te perdono. Te has atrevido a venir conmigo, sin temerles a estas olas traicioneras. Mas no te envanezcas. Te queda mucho por aprender: si ya sabes lo que es el agua, aún no sabes lo que es la tierra.

11

Apenas despuntó el alba, mi padre me despertó ofreciéndome unas botas.

—Son de andinista. Hoy vamos a recorrer el camino que sube en zigzag por el cerro Don Pancho y luego bajaremos por el otro lado hacia el desierto. Puede que nunca regreses.

Atravesamos el pueblo aún dormido. En la dulce penumbra del amanecer, llegamos pronto a la base de Don Pancho. Comenzamos a subir por su sendero reseco. Al llegar a la cima pude ver cómo, al otro lado de la cordillera, se extendía una superficie de tierra lisa del color de una manzana podrida. Mi padre me tomó de la mano y descendió a toda carrera, casi arrastrándome. Avanzamos por el terreno estéril hasta toparnos con un agujero redondo.

—Tiene metro y medio de diámetro y dos de hondo. Nadie sabe quién lo cavó ni para qué —se tendió junto al borde—. Tómame de mis manos y descende —así lo hice, y me dejó caer—. Ahí te quedarás hasta que descubras cómo salir. Pero apúrate: pronto el sol dirigirá sus rayos hacia tu cabeza, el hoyo se transformará en un horno y poca diferencia tendrás con un pollo asado. Es inútil que grites o que llores. Nuestro lema es *Vencer o morir*.

Me apresuré en llamar a mi Maga interior. Se presentó luciendo una amplia sonrisa.

—Tu padre nunca te dejará morir. Si ve que no logras salir, te arrojará una cuerda para que subas, pero te despreciará. Haz un esfuerzo. Él te está dando una buena lección. Muchas veces los bomberos, a causa de los derrumbes, se ven atrapados en hendiduras y deben ser capaces de remontar.

—Pero, doña Filovera, la pared es de tierra dura y lisa. No tengo donde agarrarme.

—Amiguito: de esta materia nacemos, en ella nos disolvemos. Es una madre posesiva: sólo deja libre nuestro espíritu si le entregamos el cuerpo. ¡Pégate a la tierra, adhiérete, únete, hazle creer que formas parte de ella y seduce a los espíritus elementales que la habitan!

Alentado por las palabras de la Maga, dejé que por mis ojos surgiera la mirada formada en vidas anteriores. Pude ver a esos elementales. Bajo la apariencia transparente de enanos, brillaban sustancias dotadas de lucidez. En la pared circular se abrían innumerables puertas mostrando galerías y cavernas. Los pequeños seres cavaban sin cesar con sus poderosas mandíbulas. Luego escupían la tierra masticada, transformada en oro, plata, cobre y piedras preciosas. Pronto se dieron cuenta de que yo podía percibirlos. Se lanzaron sobre mí, amenazando con aplastarme. En lugar de tratar de escapar, me adherí lo más que pude al suelo, imaginando que mi cuerpo pesaba miles de kilos. Cuando sentí ser una masa de absoluta carga, dejé que esa pesadez se tiñera de alegría. Los gnomos, contagiados, comenzaron a lanzar carcajadas que sonaban como bolas deslizándose por pistas de azúcar cande. Entonces les dije:

–Vosotros vivís en las tinieblas, siempre trabajando, compactos y pesados, guardianes de un tesoro que ningún humano puede robar. Aislados en vuestras grutas desconocéis la flexibilidad del agua o la transparencia del aire. En el centro de mi alma vive una Maga que puede convertirse en puente para que cada uno de vosotros aprenda a nadar y a volar. Si me ayudáis a salir de este ombligo, os prometo convencerla para que seáis bañados por una lluvia con sabor a helado de canela y acariciados por un viento con olor a lavanda.

Aceptaron mi proposición, tallando escalones en la pared. Los ojos de mi padre doblaron de tamaño al verme salir sin mostrar cansancio. Se inclinó, acostado al borde del pozo, tratando de ver si había alguna escalera natural en la pared calcárea. Careciendo de la mirada del alma, no pudo ver a los espíritus elementales ni los escalones que habían tallado a mordiscos.

–¿Cómo subiste?

–No lo sé, papá. Me dormí. Debo de haber trepado sonámbulo.

–¿Sonámbulo? ¡Aprende a darte cuenta de lo que haces y de lo que te rodea! ¡No vives en otro mundo! ¡Regresemos!

12

Los vecinos se habían levantado y comenzado sus carreras de un lado para otro, vendiendo, comprando, consumiendo sin saber por qué.

–No ven la vida como nosotros, los bomberos –me dijo enfurruñado mi padre mientras bajábamos rumbo al puerto–. Míralos cómo pisan las calles, sin ningún respeto por el suelo. Nosotros los bomberos sabemos que la tierra nos tiene amarrados. Las casas pueden caerse, las rocas, los muebles, cualquier cosa. Y todo lo que cae se hace peligroso. Un huevo duro, arrojado desde un quinto piso, es capaz de partirnos el cráneo. En un edificio que arde, los cuartos se hunden, las botellas de refrescos revientan como granadas y los cristales rotos vuelan convertidos en navajas. Agrega a esto el viento, alevoso cómplice del fuego. En cada brasa anida la esperanza de que un soplo venga a transformarla en llama. Un bombero debe saber en qué dirección avanzan las rachas para colocarse de espaldas a de donde vienen y arrojar el chorro de su manguera hacia donde van, convirtiendo a esas enemigas en aliadas.

Al llegar a nuestra casa, me llevó al jardín y me ordenó ponerme de pie, desnudo, en lo alto de una escalera de tijera para que durante horas desarrollara mi sensibilidad a las corrientes de aire.

–Te quedarás ahí hasta que sientas que el viento pasa entre tus huesos como la cola infinita de un lagarto.

Me dejé en esta incómoda postura y se fue a abrir La Tentación. Resistí lo más que pude. Cuando a causa de la fatiga comencé a perder el equilibrio, llamé en mi ayuda a doña Filovera. Como de costumbre, llegó bostezando y no dando mayor importancia a mis angustias.

–Mi bello, el mundo no es como tu padre cree que es. Su única preocupación es utilizar bien el hacha, la manguera y la escalera. Pero ¿sabe realmente lo que piensa el viento; sabe la relación amorosa que tiene el fuego con el agua; y, lo más importante: sabe lo que es una escalera? Cree que es algo que sirve para que él suba, sin darse cuenta de que es la escalera misma la que quiere subir. ¡Sí, don Lindo, la escalera sueña con alzarse de la tierra, peldaño por peldaño, verticalmente, eternamente, no con la esperanza de llegar al inalcanzable fondo del cielo, sino por el placer de viajar cada vez más alto! ¡Tú puedes ver el mundo invisible! ¡Olvida tu peso

terrestre, deja tu envoltorio carnal quieto como una estatua de piedra! ¡Siendo lo que realmente eres, una conciencia pura, libérate de él, y de grado en grado, cada vez más despierto, asciende por la escalera espiritual!

La Maga le dio a mi ánima un empujón tan fuerte que me sentí subir hasta mi cráneo como una flecha, atravesar la mollera y surgir convertido en un niño translúcido. Los peldaños, vibrando del do al si, me invitaron a dejar atrás la nube solitaria, el sol, la luna y penetrar en el espacio ilimitado. Al alejarme del planeta, después de entregarme al éxtasis que proporciona no tener límites materiales ni la mirada dividida en alto y bajo por un pesado horizonte, me di cuenta de que mi cuerpo me había servido de escudo defensivo contra las larvas. Sanguijuelas cristalinas de todos los largos, algunas hasta de treinta metros, que oscilaban y se condensaban con dificultad, sin ojos, un hocico lleno de dientes finos como agujas, cargadas de celos, odio, envidia, rabia, rencor y tantos otros sentimientos feos. Así, descarnado, me sentí indefenso. Se fueron pegando a mí hasta convertirme en un erizo transparente. En medio de un dolor insoportable, una asfixia por falta de belleza, sentí que los peldaños de mi escalera se convertían en manos que me impulsaban hacia lo alto. A medida que ascendía, las larvas se iban disolviendo. La fétida fealdad se deslizó fuera de mí como una lluvia negra. Pude saborear el aire dulce que puebla el espacio sideral: tuve la sensación de que, penetrando en él, me sumergía cada vez más en mí mismo. Ese fluido borraba la frontera imaginaria que yo había establecido entre exterior e interior. Todo, al mismo tiempo, estaba fuera y estaba dentro. Empezaron entonces a llegar flotando, con los pies dirigidos hacia mí, conglomerados de muertos. El espacio se llenó de su coro de quejas y llamadas de auxilio. Eran los suicidas, los mutilados en accidentes y cataclismos, los asesinados, los devorados por enfermedades contagiosas, las víctimas de guerras insensatas. Clamaban con la fuerza de una tremenda catarata:

—Tú que tienes la misión de salvar vidas, ¿por qué no estabas donde perecimos? ¡Llévanos de regreso a la tierra, sácanos de nuestros ataúdes, haz que volvamos a vivir!

Comencé a decirles:

—Me dais pena, venid todos, pegaos a mí, voy a bajaros, no os soltéis hasta que cada uno camine otra vez por las calles y los caminos.

Me interrumpió otro conglomerado de muertos, esta vez flotando con las cabezas dirigidas hacia mí. No se quejaban sino que murmuraban melodías tan dulces que tuve la sensación de que hacían brotar alas en mi espalda. La limpidez de esos cantos ahuyentó a los espíritus quejumbrosos. Los recién llegados, dejando estelas luminosas, se unieron en una pirámide que ubicó su punta bajo el recuerdo de mis pies, proyectándome hacia mi meta.

—Durante nuestro breve paso por la Tierra, nos dedicamos a desarrollar nuestra conciencia, lanzando puentes hacia todos los rincones del infinito. Nos llevas en el arca de tu mente: somos los muertos buenos que te impulsan hacia la realización de tu gran obra. A través de ti, salvaremos incontables vidas.

Impulsado por mis amigos, que desde fuera y desde dentro me ayudaban a trepar esos peldaños cada vez más lejos los unos de los otros, llegué hasta donde durante toda mi corta vida había ansiado llegar: de pie en un disco de luz plateada, me esperaba Rosa-Pura, idéntica a su nombre: una rosa con pétalos de luz.

—¡Mamá!

—¡Hijo mío: siempre estuve segura de que serías capaz de venir hasta aquí! Te busqué entre todos los recuerdos, te busqué entre el dolor, te soñé como se sueña a Dios y en tu alma encontré la respuesta de mi amor. Sí, es verdad, obedeciendo a tu imaginación llegué disfrazada de doña

Filovera, tan blanca como la nieve que nunca has visto, alta de tres metros y medio, con una cabellera dorada de siete metros de largo. Soy tu madre y también soy tu hija, porque con tu amor me has creado. Vamos a bajar juntos, como siempre lo estuvimos. El fuego nos espera. Tu padre nos espera.

Me encontré de pronto quieto como una estatua sobre la escalera de tijera. ¿Había dormido? Quizás no. Mi piel estaba cambiada: sentía en ella los jeroglíficos que el viento escribía. Los descifraba una voz, semejante a la de mi madre, enseñándome el valor sagrado de los incendios.

13

No me moví hasta que llegó mi padre. Sin preocuparse de mi extrema fatiga me preguntó:

—¿De dónde viene el viento y hacia dónde va?

Quise contestarle lo que indicaba mi piel:

—No hay un solo viento, hay dos: uno viene de la cordillera y se pierde en el mar; el otro viene del mar y se pierde en la cordillera —Rosa-Pura me rogó dentro de la cabeza: «¡Cállate, hijo mío! ¡Decirle eso es revelarles que todo se equilibra; que junto a lo que sube viene lo que baja; que al lado de la luz se expande la sombra; que la vida y la muerte danzan abrazadas; que si las piedras se hacen nubes, las nubes se hacen piedras! ¡Él no va a comprender nada: siempre confundirá su pequeña miga con el pan entero! ¡Dale la respuesta que quiere oír!», y así lo hice—: ¡En estos momentos, papá, el viento viene de la cordillera y se pierde en el mar!

—¡Bravo, muchachito, has aprendido a percibir el aire, tal como yo! ¡Mereces un premio!

Me acompañó al dormitorio y me ayudó a vestirme con mi traje de bombero.

—¿Vamos a un incendio?

—No te entusiasmes, pequeño, no hay ningún fuego. ¡Lo que hay es un regalo para ti: ven al comedor! —en la mesa me estaba esperando un delicioso pastel con siete velas encendidas—. Hoy cumples 7 años. Tu cerebro está formado. Ya eres un hombre. ¿Aún quieres ser bombero?

Con un largo soplado, apagué las velas.

—¡Lo quiero con toda el alma!

—¡Entonces tienes que aprender a sacrificar!

Tomó una de sus botellas de vodka, la vació sobre el pastel, me pasó un sifón, encendió una cerilla y me dijo:

—Decídate rápido: o te comes la tarta (rellena de crema y fresas, tal como te gusta) o la conviertes en un incendio y tú la apagas.

A pesar de que la boca se me hacía agua, no dudé un segundo:

—¡Incéndiala!

Acercó el fósforo al pastel y éste estalló en una llama devorante. Apreté la palanca del sifón y un chorro de agua saturada de burbujas apagó la hoguera. Quedó un negruzco montón de masa. Mi padre, entusiasmado, me dio unas palmadas en la espalda, tan fuertes que me hicieron toser.

—Ahora sí que eres un hombre. Un hombre hecho y derecho. Dejas de ser mascota y te consagras como bombero profesional. Para celebrarlo, vamos a beber esta cerveza.

Mientras nos pasábamos la botella, chupando el amargo líquido, fui perdiendo mis poderes. En el cielo, impenetrable caparazón azul, ya no estaba la puerta que podía abrir con mis manos. Las hebras de oro que me unían a todo lo existente se habían esfumado. Las hojas de los árboles

sólo murmuraban «Nada, nada, nada...». El universo era un monstruo indiferente. Doña Filovera Rosa-Pura-mi madre dormía en el rincón más lejano de mi memoria. Estaba encerrado dentro de mi mente, igual en todo a mi padre, ya era un adulto.

14

—Pueden pasar meses, años quizás, antes de que estalle un incendio. Esperando tan magno acontecimiento, dedícate a estudiar, encuentra amiguitos, juega con ellos. Yo no puedo ocuparme de ti, La Tentación me quita todo el tiempo. Como una araña esperando que caigan moscas en su tela, me paso el día entero detrás del mostrador. ¡De tanto estar parado, los pies se me han llenado de pelos!

¿Amiguitos? No se parecían en nada a mí. Vivían como yo en sus cárceles mentales, pero no sufrían. Al contrario, se mostraban satisfechos comiendo alfajores, bebiendo agua de coco en la playa, espionando en la zona roja a las mujeres malas, fumando los puchos que encontraban en el suelo, contando chistes sobre loros... Me aburrían. Todo me aburría. El cielo cerrado; los montes sin corazón de cristal; las hojas quejándose como lenguas sedientas; un mar que, aunque yo le lanzara piedras insultándolo, no se dignaba enojarse; ciudadanos corriendo de un lado para otro semejantes a degollados. Yo sabía que no sabía nada. Ellos, no sabiendo nada, creían que lo sabían todo. ¿Jugar? ¿A qué? ¿Para qué? Esos niños sin ensueños me fastidiaban. Lo único que me parecía una maravilla de otro mundo era el fuego. Brillo generoso, calor más intenso que el de una madre, exterminador de esta odiosa materia.

—¡No hay nada que no pueda arder! ¡Es más, de una u otra manera todo se está quemando: hasta el hielo arde!

Pretextando un dolor de muelas, apretándome con la mano una mejilla y dando roncitos quejidos, salí del colegio. Volví a mi casa, abrí el armario del comedor donde papá guardaba sus botellas de vodka, las metí en el baúl con ruedas y lo empujé hasta la playa. Ahí estaba la gran roca con forma de camello. La bañé en alcohol, prendí el encendedor, lo acerqué a su superficie y la piedra comenzó a exhalar la llama más hermosa que nunca había visto. Esperé a que el camello se pusiera a berrear, pero tuve que admitir que eso sólo podría suceder en el mundo de los sueños. La roca, muda pero convertida en sol, se fue consumiendo. En lugar de cenizas quedó una pequeña poza de aceite negro. ¡Alegría, alegría, alegría! ¡Mi primer incendio! Me gustó tanto la brillante danza de esa hoguera recibiendo las caricias del viento, que decidí quemar algunas casas de mi pueblo.

15

Cuando descubrió que en el armario no le quedaba una sola botella de vodka, mi padre echó la culpa a los ladrones.

—¡Esta maldita crisis económica está llenando el mundo de parados y de piojos! ¡Los que se harán ricos son los fabricantes de cerraduras! ¡Hay que guardar todo bajo llave, hasta el papel de baño!

Metió una nueva colección de botellas en el mueble y clausuró sus puertas con un enorme candado color sapo. Vi dónde escondió la llave. Una noche, cuando lo oí roncar tan fuerte que los cristales trepidaban, le robé una botella de vodka, me teñí la cara de negro con el betún para los zapatos y, disfrazado de sombra, me deslicé hacia el viejo muelle abandonado. Hacía años que ningún barco atracaba en nuestro pueblo, tan olvidado por los cartógrafos. Vací la botella en el lomo de tablones carcomidos, dibujando una línea recta, y con el bendito encendedor de mi madre la hice arder. Las llamas estallaron como bailarinas; luego, altas, muy altas, se abrieron semejantes a la cola de un pavo real. El muelle, que parecía momificado, comenzó a revivir, recuperó su orgullo, agitó su seductora cola de fuego hacia el horizonte, seguro de atraer con ella al barco más grande del mundo. Las vigas, mientras se iban consumiendo, gemían de gozo. Las chispas caían a mi alrededor agradeciéndome ese inmenso placer de otra vez significar algo. La vieja ruina se había convertido en una joya inmensa. Nubes de gaviotas comenzaron a volar en círculo, graznando eufóricas. Oí pasos acelerados. Los vecinos descendían por las calles inclinadas, señalando el incendio con asombro, fascinados. Me oculté entre unas rocas. Llegaron los bomberos. Se dieron cuenta de que era inútil interrumpir el incendio. Los vi sentarse entre la multitud y observar la muerte de la vetusta obra de madera con la atención embelesada con que se asiste, cada atardecer, a la puesta del sol.

16

Creí haber cazado a la verdad:

—El mundo feo se convertirá en una obra de arte si yo le prendo fuego. El kiosco de la plaza, lleno de asquerosas manchas, con las columnas invadidas por las polillas, la pintura desprendiéndosele como caspa, al llenarse de llamas parecerá un ángel, porque ¿de qué otra materia podrían ser los ángeles sino de fuego? ¡De fuego y muy grandes!

Esa noche esperé impaciente a que los densos ronquidos de mi padre llegaran junto a mi cama convertidos en bolas negras, y entonces abrí la ventana para que rodaran hacia la calle. Con mi traje de sombra avancé entre ese rebaño oscuro mientras se iba disolviendo en el silencio. Llegué a la plaza, vací mi botella de vodka, apliqué el encendedor y, como esperaba, el viento que subía y el viento que bajaba hicieron crecer la hoguera. No tardó ni diez minutos en aparecer un ángel terrible. Se estiró como una columna, decidido a llegar al fondo del firmamento. Por unos breves instantes, las casas plomizas parecieron de oro; las sombras, de pronto despiertas y deslizándose por las calles, se pusieron a danzar; y las gaviotas, confundiéndolo con el alba, iniciaron un concierto de graznidos... De nuevo la gente comenzó a llegar, los bomberos también. ¿Apagar el incendio? ¿Para qué? Ya el kiosco, convertido en una tarántula rojiza, comenzaba a desmoronarse. Como las llamas se elevaban verticalmente, y las chispas iban como una sola flecha a reunirse con las estrellas, dejaron que los niños, sin peligrar, tomados de las manos, bailaran en corro cantando alrededor de la maravillosa columna. Mi ángel rápidamente fue agonizando, hasta convertirse en una pequeña lengua verde entre los escombros. Imaginé que decía: «Lo efímero es la punta de la eterna pirámide del tiempo. Se nace para siempre. Me voy pero volveré».

—¡Sí, volverás, ángel mío, grandioso, tan brillante como el sol, convertido en arcángel, para lo cual tendré que incendiar el pueblo entero!

Viendo a los bomberos organizar a los espectadores, poniendo vallas alrededor de los restos

calcinados, vigilando con atención de perros de caza si quedaba viva una mínima brasa, me di cuenta de que, antes de que el fuego consumiera una primera casa, ahí estarían impidiendo que se expandiera.

—Si quiero transformar todo el pueblo en arcángel, lo primero que tengo que hacer es impedir que apaguen las llamas iniciales. ¡Mañana incendiare el cuartel de bomberos!

17

Todas las piedras estaban vivas, por eso podían arder, pero el cemento, harina de rocas muertas, era incombustible. Por desgracia, el majestuoso cuartel de bomberos, como un cerro difunto, estaba formado por muros de tal material sin alma. Sólo sus suelos eran de madera. Se me hizo fácil introducirme por un ventanuco en ese ámbito: ahito de oscuridad, semejaba una caverna para lobos. Poco es lo que podía incendiar: aparte del parque, un par de escritorios, media docena de armarios para guardar los uniformes y las escaleras, replegadas como élitros en los costados del camión rojo. Mientras don Orlando, el portero viudo, soñaba abrazado a una gorda muñeca de trapo, vacié mi botella de vodka, y dibujando un ocho en el suelo acerqué mi encendedor, sin esperar gran cosa. ¡Bruscamente me encontré dentro de una jaula de fuego! Largas llamas brotando del suelo se entrecruzaban para formar una red alrededor de mí y del camión rojo. A causa de tan gran peligro, sentí a esa máquina como un manso animal doméstico. Igual que los dos ceros del ocho que hiciera con el vodka, nuestros destinos se unían. Para calmarlo, acaricié sus tubos de bronce, sus hachas y sus mangueras. Cuando dejó de temblar, trepé y me senté frente al volante. El pobre camión transpiraba de miedo. Él no, pero yo sí, por haberme transformado en un incendiario, merecía ser asado vivo. De pronto su claxon se puso a funcionar. Le surgió un ronquido de bestia amenazada de muerte. Don Orlando despertó dando un tremendo brinco. Pisoteó a su muñeca, apretó un botón y la sirena del cuartel lanzó un ulular penetrante, llamando a los bomberos. Me sentí atrapado. ¿Dónde esconderme? Si lograban apagar el siniestro, me encerrarían en la CEA como a un animal enfermo, y mi padre moriría de vergüenza. Cerré los ojos, con la intención de implorar a la Nada que apresurara el avance del anillo de fuego, para convertirme en cenizas que nadie podría identificar, pero no tuve tiempo de hacerlo. Fui bañado por una ola de espuma. Mi padre atravesó las agonizantes llamas, trepó de un salto al camión y, llorando (sí, él, mi rudo padre, llorando), me estrechó entre sus brazos...

—¡Ah, hijo mío, creí encontrarte convertido en un espantajo negro! ¡Eres un héroe! ¡Fuiste el primero en oler el humo traidor y viniste aquí antes que nadie para, arriesgando tu preciosa vida, salvar a nuestro glorioso coche! ¡Lloro de orgullo! ¡Todo el pueblo te va a aplaudir! ¡Eres el mejor de los bomberos!

18

Mi padre dio en el clavo: todo el pueblo celebró que, con peligro de mi vida, yo hubiera dado a tiempo la alarma que permitió salvar el cuartel de bomberos y su glorioso carromato rojo. Los hombres me aplaudieron, las mujeres me abrazaron una tras otra, el profesor de gramática me

regaló un diccionario, empujaron hacia mí a una niña de mi edad para que me entregara un ramo de claveles, tan rojos como mis mejillas: el feo mundo que había querido destruir transformándolo en un bosque de embellecedoras llamas me tendía los brazos. Antes nadie me había aceptado, ni siquiera mi padre. Él me había visto como un pequeño cobarde, ellos como un bicho extranjero, caído por azar de una estrella fugaz. A causa de mi facilidad para leer (declamaba las frases con la velocidad de un ratón perseguido por una banda de gatos), mis compañeros de curso, que tartamudeaban veinte veces antes de poder recitar un miserable endecasílabo, me convirtieron en niño invisible, acusando mi presencia sólo por un arrugar de narices que simulaba inhalar un olor fétido. El señor Alcalde, siempre demasiado digno para inclinarse, hizo que mi padre me alzara hasta su boca para, después de otorgarme en la frente un beso baboso, prender en la estrella blanca de mi casaca (se me había exigido que asistiera a la ceremonia enfundado en mi traje de bombero) una medalla de latón imitación oro. Al depositarme otra vez en el suelo, mi padre estalló en sollozos. Le dije:

—Papá, no somos maricas. Los hombres no lloran.

En medio de una lluvia de carcajadas, me respondió:

—No lloramos para quejarnos, pero sí podemos hacerlo cuando nuestros corazones rebosan de orgullo.

Las risas se hicieron vítores. Cuando regresamos a la casa, me desnudé y corrí a esconderme en un rincón del sótano. ¡Vergüenza! Habría querido merecer de verdad la admiración de mi padre. Me dieron ganas de morir. Lo había perdido todo: la memoria, el fuego, las buenas razones para quemar el pueblo, doña Filovera, Rosa-Pura. ¿Doña Filovera? ¿Rosa-Pura? ¿De qué estoy hablando? ¡De pronto recordé a mi madre! ¡Apareció en mi imaginación como una luminosa rosa de mil pétalos! Me dijo:

—Cuando estés triste y sufras, repite tres palabras mágicas: esto también pasará.

19

A pesar de cansarme repitiendo las tres palabras mágicas, y lavarme la cara varias veces con agua helada, no pude eliminar el rojo de mis mejillas. Cada segundo caía como una amarga gota de vergüenza en mi pobre corazón. ¡Falso héroe! ¡Falso héroe! ¡Falso héroe! Hasta los perros, que antes no fallaban en correr tras de mí ladrando furiosos cuando iba en bicicleta, ahora, tranquilos, me dejaban pasar, moviendo con admiración sus colas. Para disimular mi rubor, me embozaba con la sombra de cualquier rincón.

—¿Qué haces ahí, enrollado como un caracol sordo? —me gritó mi padre—. La sirena está ululando tan fuerte que todas las paredes tiemblan. ¡Se está quemando el ayuntamiento! ¿Eres o no eres un bombero? ¡Rápido, ponte el casco y el impermeable! ¡Sígueme...!

El mundo cambió, mi cara se puso blanca, las sombras se hicieron blancas, los segundos se azucararon. ¡Se me daba la oportunidad de redimirme! Corrí tan rápido que llegué antes que mi padre al camión. Cuando se colgó de él un racimo de bomberos, partimos a toda máquina hacia el ayuntamiento, que estaba sólo a doscientos metros. Después del frenazo, mi padre apartó a los mirones y, a la cabeza del pelotón, blandiendo su hacha, se internó entre las llamas. Yo debía quedarme a bordo, para evitar los robos, pero en cuanto las mangueras comenzaron a arrojar sus lenguas transparentes aproveché, sin que nadie lo notara, para precipitarme en pos de mi padre.

Sorteando las llamas y las vigas que se desmayaban, subí por las escaleras que conducían al segundo piso. En la oficina principal encontré a mi padre forcejeando con el Alcalde, que no quería seguirlo, abrazado a una enorme fotografía del Presidente de la República embutida en un marco dorado con el escudo nacional en cada esquina. Con su voz de abeja ronca, el funcionario clamaba:

–¡Cuando se hunde el barco, el capitán se hunde con él!

Exasperado, mi padre le dio un puñetazo en la mandíbula. El funcionario perdió el conocimiento, pero en lugar de desplomarse, a causa de su dignidad, se quedó de pie, más tieso que de costumbre.

–¡Ayúdame, niño! ¡Lo tiraremos por la ventana!

Mientras mi padre lo iba empujando, yo abrí los postigos y alerté a los voluntarios. Éstos no tardaron en poner escalas y subir para atar la lona, por donde se deslizó el pesado durmiente. Mi padre me ordenó:

–¡Tu deber está en vigilar el coche, no tienes nada que hacer aquí! ¡Lánzate tú también!

–¡No, papá, mi deber consiste en protegerte a ti!

–Niño idiota, ¿cómo puede una pulga salvar a un elefante? ¡Si no escapas ahora mismo, te daré un puñetazo en la jeta y te lanzaré por la lona, igual que al otro necio!

Supe que con palabras no podría convencerlo. Corrí hacia él, y llorando me abracé a sus piernas.

–¡Suéltame, marica, el suelo está crujiendo muy feo!

–No lloro de dolor, sino por el orgullo de colaborar contigo.

Mi padre, entonces, me tomó entre sus brazos y me dijo, también lagrimeando:

–¡Eres el hijo valiente que siempre quise tener!

El suelo, lanzando un chirrido ensordecedor, se hundió. Caímos sobre el aposento de abajo, que también se hundió. Fuimos a dar al sótano. El calor era infernal. Las escaleras colgaban hechas escombros, un río de brasas inundaba esas tinieblas. Ratas de todos los tamaños corrían de un lado para otro, envueltas en llamas.

–A todos nos llega el momento, hijo de mi alma. De aquí no podremos escapar. Deja que te estrangule. Morir quemado vivo es atroz.

20

Cuando estiró sus manos hacia mi cuello, me di cuenta de que no eran tan grandes, rudas y callosas como siempre había creído, sino alargadas, suaves, femeninas.

–¡No son sus manos sino las de mi madre, no puedo soportar que se quemem!

Como si un rayo cayera del cielo, incrustando su punta en medio de mi cerebro, recuperé la memoria. Salté hacia atrás.

–¡Suéltame, papá, saldremos de aquí!

–¡El humo te hace delirar!

–No deliro, soy un mago. Verás.

Con una estaca carbonizada, dibujé un gran círculo en el suelo. Dentro de él tracé una estrella de cinco puntas. Fuera de él, puse cuatro ratas muertas, de las que aún surgía una llama, a manera

de velas, una al norte, la otra al sur, la otra al este, la otra al oeste. Recogí un pedazo de palo, «Serás mi bastón mágico», y un gran clavo, «Serás mi espada mágica». Mi padre gritó:

–¡El edificio entero se bambolea, va a caer sobre nosotros! ¡Adiós, hijo mío! ¡Aparte de tu madre, eres lo que más quise en mi vida...!

–¡Rápido, papá, métete conmigo dentro del círculo y por nada en el mundo te salgas de él!

Confundido por el pánico, me obedeció como si fuera mi hijo. Agitando la estaca y el clavo, con una convicción absoluta, comencé a dar órdenes:

–¡Elementales del fuego, del aire, del agua y de la tierra, acatad mi voluntad! ¡En nombre de la divina rosa transparente que me habita, pido que os mostréis!

Mi padre, con los ojos desorbitados, vio cómo se materializaban alrededor de nosotros multitud de gnomos, ondinas, silfos y salamandras escarlata. Se golpeó la frente:

–¡No puede ser!

Con voz de emperador, exigí a los enanos translúcidos:

–¡Haced que la tierra se agite para que el ayuntamiento se derrumbe hacia fuera!

Se pusieron a zapatear, el suelo tembló y el edificio calcinado cayó abriéndose como una inmensa orquídea negra.

–¡Elementales del agua, haced que la nube de cien años se disuelva sobre nosotros!

Las mujercitas, todas juntas, formando un sable fosforescente, se lanzaron hacia el cielo para despanzurrar la nube, vaciándola convertida en chaparrón. Las salamandras del fuego, antes tan grandes y orgullosas, ahora, igual que humildes lagartijas, agitaron sus patitas dándome un cariñoso adiós.

–¡Elementales del aire, soplad bajo nuestros pies para que salgamos volando de este pozo!

Cuando mi padre vio un millar de lenguas opalinas deslizarse bajo nuestras plantas y empujar, despegándonos del suelo, gritó:

–¡No lo puedo creer ni lo acepto! No hay más mundo que éste. ¡Son alucinaciones! ¡Tú y yo estamos muriendo! ¡Deja que te estrangule, luego me partiré el cráneo!

Para asir su hacha, salió del círculo. Cayó el único madero que aún ardía. Le dio en la cara, quemándole los ojos. Se desplomó aullando, por suerte dentro del círculo. Los silfos nos hicieron flotar hasta que salimos del sótano. Guíé a mi padre por entre los escombros. Al vernos aparecer nimbados por una luz extraña, los bomberos se quitaron respetuosamente los cascos murmurando:

–Milagro.

21

–El ayuntamiento debería haberse derrumbado sobre mi cabeza. ¿De qué me sirve estar vivo? Un bombero ciego es igual a un hambriento sin boca.

Traté de calmar su tristeza:

–Los ojos del alma ven más que aquellos que se te quemaron. El mundo invisible es tan real como el visible... Deja que te tome la cabeza, entro en ella, siente cómo el calor de mi mente prende fuego a la jaula negra en que te crees prisionero. La oscuridad en la que estás atrapado no es tu ceguera. Concéntrate, identificate con el ayuntamiento: estás ardiendo, las llamas consumen las paredes opacas de tu razón, se derrumban, se abren como una orquídea negra.

Se tomó un trago de vodka y luego balbuceó:

—¡Qué asco: he vivido incrustado en la materia! ¡Ayúdame a salir de esta trampa!

Soplándole en los oídos versos en idiomas extraños que venían de lo más profundo de mi memoria, logré que mi padre atravesara la tapa de sus sesos para surgir siendo lo que en realidad era: una flor de pétalos transparentes, como yo, como mi madre.

—¿Ves, papá?

—¡Sí, hijo mío, junto al mundo oscuro danza un mundo resplandeciente!

—¡Así es, todo está vivo, todo es doble y prodigioso! Tú apoyarás una mano en mi hombro y yo te guiaré por valles, montañas, bosques, ciudades. Viajaremos por el planeta entero, domando salamandras escarlata.

—¡Eres mi maestro!

22

Somos felices. Yo, convertido en los ojos de mi padre, lo guío por los caminos y las calles. Vamos vestidos de bombero, con el traje de gala. No llevamos bultos. Cuando los uniformes se ensucian, las ondinas los lavan y los silfos soplan y los secan. Nuestros zapatos nunca se gastan porque los gnomos bajo nuestros pasos ponen alfombras transparentes. Si necesitamos comer, estiramos las manos, cogemos un par de puñados de aire y, al abrir los dedos, en nuestras palmas aparece el pan necesario. En cuanto nos topamos con un incendio, convencemos a las salamandras para que se consuma sólo lo inútil, dejando intacto lo valioso. Podemos hacernos invisibles. Hemos salvado de las llamas incontables vidas. Como nunca permanecemos en el mismo sitio, el tiempo no puede atraparnos. Hace siglos que mi padre y yo viajamos por la Tierra sin nunca envejecer. Rosa-Pura, cuando la luna luce llena, nos canta estas palabras:

Siembra semillas vivas
en la soledad de los sueños.

Loie del cielo

Para mi hijo Adán, luz en mis tinieblas.

1

Amigos del futuro, habéis cavado la tierra seguramente para plantar los cimientos de un nuevo rascacielos. Aunque os resulte difícil creerlo, el sitio donde se hundieron vuestras palas excavadoras otrora fue mi humilde jardín, simples margaritas alrededor de un solitario cerezo. Yo sabía que nuestra ciudad tan plana, tras el fracaso de la dictadura, crecería verticalmente. Esa ascensión de una arquitectura en éxtasis, esas multitudes que pueden conversar sin tener espías pegados a sus espaldas, esos niños que se desarrollan hacia una meta personal, siendo lo que en verdad son y no obedeciendo los diseños de un tirano demente, todo eso me lo debéis a mí, un viejo inofensivo. Nunca me propuse, lo confieso con humildad, derrotar al ogro gigante. Acepté durante mucho tiempo, como todos mis conciudadanos, ser aplastado por sus delirios de poder. Hasta que un día, colmada mi alma por tanta infamia, hice lo que debía hacer. Nunca comprenderéis mi acto destructor si no os revelo las circunstancias que me condujeron hacia ese cruel final. Escribiré durante una noche entera todo lo que vosotras, generaciones futuras, debéis saber, y luego, antes de que amanezca, enterraré mis páginas, protegidas por el cofre de acero que ahora tenéis en vuestras manos. A primera hora una multitud de militares enloquecidos me linchará. Eso no podrá impedir que el sistema dictatorial se derrumbe para siempre.

2

Muy poco puedo hablar de mi insignificante persona. Nunca conocí a mi padre. Recuerdo haber visto, cuando reposaba en mi cuna, una sola vez su sombra: una mancha negra que provenía del cuarto vecino donde él, con su voz grave, mezcla de tabaco y almíbar, le decía a mi madre: «Me voy con otra». Cuando esa mancha negra se fue deslizado fuera de mi cuna para salir de mi pequeño aposento, me puse a dar tan fuertes alaridos que solapé el áspero llanto de mi madre. Crecí como sumergido en un río de aguas oscuras, transcurriendo por la vida sin atarme a nada. Quizás quise imitar a mi padre convirtiéndome en una sombra. No recuerdo mi infancia. Ningún sabor delicioso dejó su huella en mi lengua, ningún color me alegró los ojos, ningún sonido dulce lamió mis orejas, ningún aroma hizo nido en mis narices, viví en el mundo sin vivir en mí mismo. La verdad es que tampoco recuerdo mi nombre. Ni siquiera sé si me bautizaron. Mi madre siempre me llamó «niño». Cuando crecí me dijeron «hombre». Y ahora todos se refieren a mí como «el viejo».

3

¿Cómo era nuestra ciudad antes de que el general Horzatt, mediante un golpe de Estado,

usurpara el poder? Tengo recuerdos muy vagos. Casas, restaurantes, grandes tiendas, bancos de crédito, gente elegante haciendo compras, policías indiferentes, ambulancias con sirenas ensordecedoras y gran cantidad de mendigos, dos o tres en cada esquina, vestidos de payaso, escupiendo llamas frente a los automóviles detenidos por una luz roja... Salí a callejear con mi madre muy pocas veces. Viví la mayor parte del tiempo encerrado junto a ella en su salón de belleza La Nueva Eva, donde venían señoras a cambiar de corte de pelo, teñirse los cabellos, hacerse colorear sus veinte uñas y recibir masajes faciales. Siempre me trató no como a un ser humano sino como a un animal doméstico. Vio mi cuerpo, pero ¿cómo podría haber visto mi alma si yo la tenía dormida? En lugar de educarme, me amaestró. Aprendí a clavar la vista en el suelo y a disimularme en los rincones para no molestar a las clientas. Mediante una escobilla y una pequeña pala, aprendí también, con el menor número de gestos, a recoger las mechas cortadas y los algodones embebidos en crema limpiadora. Crecí como una de esas plantas de interior que no necesitan el contacto de los rayos solares. Poco a poco, a medida que pasaban los años, y el cansancio debilitaba a mi madre, fui heredando sus actividades. Al final, cuando sus manos comenzaron a temblar como hojas remecidas por el viento, con ella junto a mí, tartamudeando agradecimientos para adjudicarse las alabanzas, «¡Gra-gra-gracias!», dominé tan bien el arte del maquillaje que las señoras que llegaban desgredadas y feas, viéndose bellas, se extasiaban besando su imagen en el espejo. Sin embargo, ninguna parecía verme. Se dirigían a mí llamándome «señora». Para ellas, mis manos eran las de mi madre.

4

La primera vez que las clientas se dieron cuenta de mi existencia fue cuando maquillé a la autora de mis días. Esa tarde estaba junto a mí, como de costumbre, vertiéndome en una oreja sus tartajeados consejos —«¡No-no-no le cortes tanto el pelo, tonto! ¡No-no-no la depiles tan brusco, tonto! ¡Po-po-ponle más espeso el esmalte, tonto! ¡Re-re-respira sin hacer ruido, tonto!»—, cuando, exhalando un soplo extraño, parecido al chasquido de un cacharro de greda que se quiebra, cayó muerta. La recogí, la acomodé en un sillón y por primera vez en mi vida me atreví a mirarle la cara. Después de cuarenta años, aún llevaba pegada a sus facciones la amarga mueca causada por la traición de mi padre. El terror y la pena que siempre me causara se convirtieron en piedad. No quise que fuera enterrada mostrando tal desamparo. Sin preocuparme del asombro de nuestras clientas, comencé a maquillarla. Cepillé su cabellera, depilé sus cejas, le apliqué cosméticos, di rubor a sus mejillas, hice brillar sus labios, cubrí con esmalte blanco sus dientes, con hilo transparente y hábiles puntadas le fabriqué una sonrisa feliz. Unas horas más tarde, acostada en el ataúd, no parecía una mujer que había sido abandonada, sino amada con fidelidad, ternura y pasión. Es cierto que desde ese día existí, pero tuve que cambiar el giro del negocio. La Nueva Eva se transformó en El Último Adiós. Comenzaron a solicitar mis servicios no como peluquero sino como maquillador de muertos.

5

Me resultó fácil transformar el salón de belleza en uno de pompas fúnebres. Eliminé los sillones, espejos y secadores, cambié los cortinajes rosados por otros morado oscuro e instalé en el centro del local un lecho de mármol gris donde, cómodamente extendidos, mis difuntos eran hermoseados. Si antes me consideraba un obrero, cien por ciento al servicio de las indicaciones de mi madre, ahora –sólo y único responsable del resultado final– no dudé en calificarme de artista. Un artista, en donde hay frío y deformación, pone forma y calor. No es fácil maquillar a un muerto: los afeites, empolvados, puntadas, teñidos, rellenos, depilaciones tienen que ser imperceptibles; dar un aspecto de salud y optimismo, reproducir exactamente, por muy averiados que estén, los rasgos originales. Éstos deben ser restaurados mediante datos que proporcionan familiares y amigos: datos siempre contradictorios. Como nunca realicé un trabajo descuidado confiando en que los ojos de los deudos –velados por las lágrimas o el miedo– no captarían un color excesivo o una expresión vacua, esa honestidad me atrajo una clientela que no escatimó el dinero. La gente pobre, sin capacidad económica para darse el lujo de un sepelio hermoso, me detestó por realizar mis obras sobre rostros de ricos. No tenían razón. El rostro de un pobre, vivo o muerto, es casi lo mismo; a veces tienen una expresión más reposada dentro del féretro que la que tenían en vida. Con los difuntos de primera clase la cosa cambia. Me los traen disfrazados con trajes de baile, uniformes, sotanas, medallas, anillos, collares, crucifijos, y me piden mucho color, mucho optimismo. Cuando quito estos adornos para dar el baño de rigor, del bulto imponente que ponen a mi disposición queda entre mis manos un miserable cuerpecito con las más feas expresiones de terror, maldad, orgullo o avaricia. Ellos sí tienen necesidad de mi arte. Y debo trabajar horas y horas para hacer de sus caras algo decente.

Durante años viví una vida holgada, pero cruelmente solitaria. Acostumbrado como había estado a la omnipresencia de mi madre, me sentí flotando en la nada, incompleto, insatisfecho, desvalido, cual una diminuta estatua que ha perdido un inmenso zócalo. Pensé en el matrimonio, pero nunca pude encontrar esposa. A pesar de que busqué candidatas pobres, o maltratadas o con algún defecto físico, ninguna quiso aceptarme, alegando que el olor a muerto emanaba de mis dedos. No tuve por lo tanto hijos ni tampoco amigos. ¿Quién quiere frecuentar a un individuo que en todo momento, por su oficio, hace recordar que nada es permanente? Perdí la esperanza de encontrar algún día una oreja generosa donde volcar mi tristeza profunda.

6

Antes, aunque concentrado en crearles una sonrisa beata a mis finados, podía percibir el murmullo agitado pero plácido que entonaban las calles. El repiquetear de los pasos en el cemento de las veredas era afelpado, el ajetreo diurno de los trabajadores y amas de casa transcurría como un reloj al que nadie apura y en las noches el jolgorio de las fiestas endulzaba la oscuridad nocturna. Pero después del triunfo de Horzatt, todo aquello cambió. Oía constantemente el eco de múltiples botas marchando como si quisieran aplastar cráneos, estridentes crujidos metálicos de cadenas sin fin de enormes tanques, tambores con ritmos marciales seguidos por el crujido sedoso de centenares de banderas, el cañonazo disparado desde el palacio presidencial cada tres horas para que nadie olvidara el poder militar, y también el aullido largo del toque de queda, seguido por un aterrador silencio nocturno.

Horzatt pesaba ciento ochenta kilos y medía dos metros y veinte centímetros de altura. Los

cabellos de su melena y su barba tenían el grosor de cerdas. Sus enormes manos podían dar puñetazos mortales. Su voz, aguda y filosa como un sable, lograba, sin la ayuda de micrófonos, herir los tímpanos de extensas muchedumbres. El día primero de cada mes, el ogro se presentaba ante una fila de seis soldados y se hacía fusilar. Apenas estallaban los disparos, Horzatt, inmune, sin ningún agujero en su uniforme de gala, con una sonrisa altiva escupía los seis plomos. Esto provocaba un delirio colectivo. ¡El jefe supremo era inmortal!

Poco a poco los ciudadanos fueron sucumbiendo al influjo hipnótico del líder. Sólo los viejos y los niños pequeños continuaron vestidos de civil, el resto de la población comenzó con orgullo a lucir el uniforme militar de color verde. Horzatt, a pesar de su escasa cultura, habiendo leído –no recordaba dónde– que ese color simbolizaba la vida eterna, lo adoptó: camisas verdes, banderas verdes, armas verdes, tanques verdes, acorazados y aviones verdes. Sus partidarios pedían ser enterrados en ataúdes verdes. ¿Qué me podía importar? Aislado como yo vivía, trabajando sin descansar sobre cuerpos fríos que escuchaban mis largos monólogos sin responderme nunca, poco me afectó el cambio. Ni siquiera exhalé un suspiro de piedad cuando el tirano comenzó a eliminar a los que por ser «diferentes» consideraba perniciosos: ciudadanos de piel amarilla, roja, negra, semitas, gitanos, homosexuales, enanos, minusválidos, etc. El estallido de las puertas arrancadas de cuajo, los quejidos de hombres, mujeres y niños llevados al matadero, los impactos de balazos, puñetazos y patadas, el zapateo de las persecuciones, no me inmutaron. Ignoré tales ruidos declarándome habitante del silencio. Mi corazón estaba seco. Agazapado en el fondo de mi cuerpo, un viejo escondrijo de carne, sangre y huesos, veía pasar con indiferencia esa ilusión llamada vida. Fue entonces cuando apareció Loïe, convirtiendo mi desierto en un reino encantado.

7

¿Qué edad tenía esa niña? ¿Siete años? Los camisas verdes la andaban buscando. Entraron en todas las casas del barrio agitando sus rifles como si fueran largas narices. Recorrieron mi local. Abrieron el ataúd donde reposaba mi último muerto, un gordo mercader de armas al que había tenido que abrirle la panza y vaciarla de sus intestinos para poder cerrar la tapa. Con ganas de colaborar, destapé el cubo de basura donde se amontonaban esas tripas. Con muecas de disgusto, los soldados se precipitaron a la calle. Opaco y gris, como de costumbre, me dedicaba a pulir las garras del mercader cuando de mi pequeño jardín llegó una voz angelical entonando una canción con tal pureza que un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta la planta de los pies. Notas luminosas que disolvieron en pocos segundos la invisible cáscara de tristeza que desde que nací había llevado adherida a la piel. Desperté de un sueño petrificado. El mundo descolorido adquirió un sinnúmero de tonos, las luces y las sombras se trenzaron en una danza sensual, el perfume de las flores del cerezo me reveló que tenía una nariz; incluso la sensación de peso que tanto me había pegado a un suelo que siempre consideré ajeno se transformó en una radiante ligereza. Salí al jardín sintiéndome flotar.

Ella se había escondido en la copa del árbol, entre la nube de pétalos blancos. Sus risas, de una inocencia translúcida, limpiaban la suciedad del aire como una lluvia de agua bendita. Con agilidad felina, saltó de rama en rama, se deslizó por el tronco y, como si yo fuera un antiquísimo amigo, se abrazó a mis piernas. De inmediato comprendí por qué tantos feroces soldados perseguían a esa frágil muchachita. Los iris de sus ojos eran anaranjados como sus cabellos y la

piel de su cuerpo tenía un brillante color azul celeste. Horzatt había condenado al exterminio a los seres «diferentes». Y esta niña no se parecía a ningún mortal. «Si no pasó por mi local, y si mi jardín está cercado por altos muros, ¿cómo pudo entrar? ¿Habrá caído del cielo? Probablemente sí.»

–¿Cómo te llamas, encanto?

–Me llamo Loïe, abuelo.

–Desde ahora te llamaré Loïe del cielo.

8

A mis preguntas sobre su pasado ella sólo respondía con una deliciosa sonrisa. Nunca supe quiénes eran sus padres, cuál su nacionalidad, qué crueldades había sufrido. Se mostraba siempre alegre, como un ángel sin pasado. En verdad creo que aquello fue lo que me cautivó. En cierto modo yo tampoco tenía pasado. Un padre inexistente y una madre que jamás me vio, incapaz de besarme o acariciarme, como si nunca me hubiera parido. Es por eso que yo, un no-nacido, con los muertos me sentía entre compatriotas. Loïe del cielo, el ser humano que por primera vez me trató con cariño, al llamarme abuelo no sólo fue mi nieta, sino también mi madre. El amor nació en mi corazón como un torrente.

Sabiendo que su vida estaba en peligro, y para que los vecinos al sentir ruidos de otro ser en mi casa creyeran que eran los de un animal, compré una caseta de perro y la instalé en el jardín. Ahí la pequeña pudo dormir sin despertar sospechas. Al cabo de un tiempo, gracias a sus cuidados, las margaritas comenzaron a crecer hasta alcanzar el tamaño de girasoles. El árbol se llenó de gordas cerezas. ¿Fue el viento el que trajo las semillas? Crecieron violetas, claveles, jazmines, lirios y amapolas que ofrecían su néctar a mariposas multicolores. Bandadas de canarios, que eligieron como hogar las ramas del cerezo, cantaron dulces himnos a la salida y a la puesta del sol. Me di cuenta de que mi jardín no era un sitio inmóvil, semejante a un muerto, sino que cambiaba continuamente, pasando de una belleza a otra. Loïe del cielo, al mostrarme sus insectos, sus pájaros y sus plantas, me tomaba de las manos, las besaba sin quejarse de que olieran a cadáver y, para despojarme de la angustia, de vez en cuando imitaba a la perfección los alegres ladridos de un perro.

9

Cuando terminaba mi trabajo diario, iba al jardín llevando la magra cena (agua, pan, un pedazo de queso y una manzana) a la que mi madre me había acostumbrado. Loïe del cielo compartía siempre tan huraño alimento como si fuera un manjar. Le agregaba pétalos de flores, gotas de néctar y cerezas. Después de comer jugábamos a perseguirnos. Ella me daba un golpecito en la espalda exclamando: «¡Tú la llevas!». Yo corría detrás de ella y, al alcanzarla, le colocaba una mano en la espalda exclamando entre sus gritos y risas: «¡Ahora tú la llevas!». Concentrados en este juego, podíamos escapar y perseguirnos largo rato. Por fin, cansada, entraba en su perrera

y me pedía que, para hacerla dormir, le contara un cuento. Mi capacidad inventiva era casi nula. Nadie, en mi niñez, pensó en contarme historias.

–Loïe del cielo, nieta mía, lo siento mucho, no sé ningún cuento.

–Abuelo: lo que tú no sabes, tu lengua sí lo sabe. No pienses, déjala libre.

Fascinado por su voz cristalina, la obedecí.

–Había una vez un hombre tan tímido, tan tímido, tan tímido que decidió vivir bajo un elefante. Entre las cuatro gruesas patas, protegido por el gran cuerpo gris, fue a la oficina donde trabajaba. Por supuesto que nadie osó acercarse al hombre tímido, que debajo de la sombra del paquidermo ya no era tan tímido. Desviaban la mirada y se hacían los desentendidos. Poco a poco se acostumbraron y las cosas transcurrieron en el trabajo como de costumbre, asimismo en el hogar (su vieja cocinera no tardó en agregar a las comidas enormes bolas de cereal cocido) y después en los paseos por el parque. Como nadie se atrevía a acercársele, comenzó a sentirse solo. Sufrió intensamente hasta que encontró a una mujer solitaria tan tímida, tan tímida, tan tímida que andaba bajo una jirafa. Como los dos animales se detestaban, el hombre y la mujer comenzaron a vivir juntos bajo una nube a la que, durante largos años, impidieron disolverse en lluvia.

Cuando terminé este cuento, oí un estallido lejano, tiroteos y gente lanzando gritos de espanto. Ella no quiso prestar atención al mundo exterior.

–¡Cuéntame otro más, abuelo, por favor! ¡Te juro diez veces que me dormiré apenas acabes! ¡Pero que sea también una historia de amor!

–Bien, mi Loïe del cielo. Había una vez, en un reino lejano, un príncipe que pensaba que su rey no lo amaba. Triste como un bosque sin árboles, abandonó el reino. Galopó cien años hacia los confines de la Tierra, creyendo con dolor que su padre no notaría su ausencia. Un mosquito zumbó junto a su oreja: «¡Zzz, gira la cabeza!». El príncipe miró hacia atrás. Entonces se dio cuenta de que su padre, durante todos esos años, lo había seguido a una corta distancia, no osando perturbar su carrera... Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. Pasará por un zapatito roto, para que mañana te cuente otro.

Se durmió tan profundamente que me pareció verla flotar convertida en una nube azul. Me sentí sorprendido de mí mismo. Yo, que nunca había tenido un gramo de imaginación, si ella me lo hubiera pedido le habría inventado historias hasta el amanecer.

10

Tenerla encerrada día y noche en el jardín se me hizo insoportable: Loïe del cielo no merecía vivir aislada como una delincuente. Entre el salón mortuario y el jardín había un muro con una puerta. Mientras trabajaba maquillando a los difuntos, o discutía detalles del carácter del finado con acongojados deudos, de vez en cuando Loïe del cielo imitaba los ladridos de un mastín. Si me pedían ver al animal, yo objetaba que era un can de mal carácter que solía atacar a los desconocidos. Con las mayores precauciones posibles, cuando en las noches cerraba el local, abría la puerta y dejaba entrar a mi pequeña. La mesa de mármol nunca estaba vacía. Siempre había en ella un cadáver en el proceso de ser embellecido. La primera vez temí que Loïe del cielo se turbara. Me habían dicho que los niños no conciben la muerte. Me equivocaba. Se señaló a sí misma y me miró a los ojos fijamente. Dentro de mi cabeza sentí resonar su voz pronunciando palabras de adulto: «En este mundo, el cuerpo me ha sido prestado por el Dios y la Diosa sólo

durante algún tiempo. Es mi verdadero hogar. Dentro de él, como un gusano en su capullo, me estoy desarrollando. Cuando llegue el momento en que deba partir hacia la nueva vida que me espera, toda de luz, poblada de almas tan bellas como flores, se lo devolveré a la tierra. Al irme yo, tu nieta azul se convertirá en un envoltorio vacío, como este que ahora veo en la mesa de mármol. Lo estás disfrazando para hacer creer que su habitante interior aún existe, pegado a esta existencia densa. Eso es un consuelo sólo para aquellos que no saben que la muerte es un ángel que nos traslada del mundo oscuro al luminoso. Yo, cada noche, envuelta por la sombra, miro hacia el cielo y veo brillar las estrellas. Sé que un día navegaré feliz entre ellas».

Desde esa misma primera vez en que la dejé entrar en el salón mortuario, la pequeña me ayudó a trabajar. Fue una gran emoción para mí verla, con sus manitas opalinas, pasarme el bisturí, el aspirador de secreciones del tubo digestivo, los rellenos, la aguja y los hilos, la dentadura postiza, los ojos de cristal y los cosméticos, luciendo una sonrisa que transformaba los hedores en perfumes.

Maquillar muertos con Loïe del cielo se convirtió en una fiesta.

11

Ella fue feliz conmigo. Yo fui feliz con ella. Los difuntos se nos convirtieron en grandes muñecos. Llegaban como envoltorios humanos anodinos, con personalidades adquiridas, imitándose los unos a los otros, habiendo vivido aterrados tratando de no ser diferentes, embadurnados de melancolía. Cuando el toque de queda sumía la ciudad en un silencio de piedra, vestíamos al cuerpo inerte con un disfraz alegre, le pintábamos un rostro estrambótico y yo, poniéndome detrás de su espalda y pasando los brazos por debajo de sus axilas, le hacía dar, con voz de falsete, absurdos discursos que provocaban en Loïe del cielo ataques de risa que sólo podrían compararse con el repiqueteo de una campana de cristal.

Vosotras, generaciones futuras, que conocéis la libertad de amar y de reír sin padecer en el cuerpo y el alma el yugo de una dictadura, es difícil que podáis imaginar el privilegio que fue para mí y Loïe del cielo, en esta época sombría, estallar en deliciosas carcajadas, olvidando toda lógica, todo sentimiento trágico, cualquier preocupación por el mañana.

A pesar de que el tiempo apremia –la noche ya está avanzada y pronto llegarán militares furiosos y desesperados a partirme en pedazos–, no resisto la tentación de mostraros un ejemplo de estos extravagantes monólogos.

A un finado de apariencia retraída lo transformamos en un feroz general que daba informes con voz de león afónico:

–¡El enemigo, mediante un avance traicionero, ha establecido una barrera que nos separa del resto del ejército! ¡Tenemos que encontrar un medio de comunicación con ellos! No podemos utilizar palomas mensajeras porque los espías han introducido entre ellas loros pintados de blanco que leen en voz alta los mensajes que transportan mientras pasan sobre las cabezas enemigas... Tratamos de emplear, en lugar de las palomas, moscas caseras africanas. Es bien sabido que la mosca casera africana, al contrario de la europea, a causa del colonialismo vuela en línea recta y siempre en fila india. Utilizando este fenómeno y el sistema Morse, les pegamos un grano de azúcar en una pata (punto) o dos granos (línea) y las enviamos unas detrás de las otras. Este sistema falló porque la mosca casera africana, a semejanza de la europea, tiene una irresistible

tendencia a devorar los granos de azúcar... Ideamos utilizar un cañón para lanzar huevos de cáscara doble, obtenidos por modificación genética. Confiando en que el enemigo, inmediatamente después de tragar los huevos disparados, arrojaría las cáscaras sucias hacia la línea de nuestros aliados, escondimos los mensajes en la doble cáscara. Fracasamos porque, con cada cañonazo, los huevos se rompían, cosa que no habíamos previsto...

Y así, una vez tras otra, el general buscaba toda clase de soluciones absurdas. A cada malograda tentativa se golpeaba el cráneo con un garrote de trapo. Loïe del cielo le gritaba, después de los jocosos autoaporreos:

—¡Bobo, encuentra algo más!

Convertir a un despiadado militar en un bufón idiota nos hacía olvidar la angustia amenazadora que en el silencio de la noche se filtraba por debajo de la puerta.

12

Pero todo no fueron juegos: poco a poco le fui enseñando los secretos de mi oficio. ¡Qué sutil inteligencia tenía ella! Aprendió a maquillar con una delicadeza que, debo reconocerlo humildemente, yo nunca había sido capaz de lograr. Cuando a los que habían muerto ignorantes yo les daba un aire de sabios que lo conocían todo, Loïe del cielo me corregía y con pocos detalles los transformaba en nobles alumnos capaces de aprender de cualquier ser humano. Al que yo cambiaba en héroe vencedor de grandes batallas, ella me lo hacía vencedor de sus propios egoísmos. Las expresiones de riqueza las convertía en satisfacción por lo modesto. Y a quien yo hacía parecer una persona importante, respetada por sus servidores, ella lo transfiguraba en alguien que respeta a los demás. En lugar de mis arrogantes apariencias de triunfo, ella creaba sonrisas tan equilibradas que quienes asistían al sepelio, su congoja transformada en esperanza, sentían a la muerte como una maestra que había despertado el paraíso que yacía oculto en el corazón del difunto.

La obra de arte de esta niña increíble fue la reconstrucción de la fe en el cadáver del cardenal Labarca. Él, que había sido designado —a semejanza de su apellido— como la barca que llevaría a sus creyentes hacia la gracia divina, llegó con una mueca de escepticismo y desprecio: los labios convertidos en dos secas líneas paralelas, tan juntas que al dejar salir las palabras las convertían en láminas cortantes; las manos, sólo piel y huesos semejantes a patas de gallina, empuñadas a medias, como queriendo retener un poder inhumano; y sus insoportables ojos, en los que sólo cabían miradas de crítica condenando al sinnúmero de pecadores a las llamas de un infierno eterno.

Loïe del cielo le inyectó en los labios pétalos de flores disueltos en glicerina, dejándolos ligeramente entreabiertos, como las hojas de una puerta compasiva que sólo permite salir palabras consoladoras; con severidad de santa, usando tenazas, quebró los dedos de tan egoístas manos, las rellenó con miel e hizo que se abrieran como si quisieran dar un amor gigantesco; aplicando hábilmente el bisturí le agrandó los ojos, creando en ellos la expresión luminosa de una bendición que se niega a discriminar. Muerto, el cardenal Labarca logró lo que nunca pudo en vida: viendo tan gran fe en su cadáver, muchos enfermos desahuciados sanaron.

Loïe del cielo escuchaba lo que no se decía, veía lo invisible; al tocar un cuerpo con sus dedos también tocaba su alma; su conciencia fina la hacía concentrarse en el otro hasta el olvido

de sí misma; por no conocerse, lo conocía todo. Me di cuenta de esto cuando nos llegó Marta Gómez Cardona de Quintero, dama de la alta sociedad que lucía entre sus numerosas joyas un agujero de bala en la sien. Había sido considerada por aristócratas, poetas, políticos y militares como la mujer más bella del país. Al cumplir 50 años descubrió, al mirarse al espejo, una arruga en su rostro. Escribió en su diario público: «Comienza el penoso deslizarse hacia la vejez. Recordadme siempre nimbada por la juventud», y se suicidó.

Los funerales prometían ser imponentes. Un grupo de sus admiradores depositó en mis manos una suma extraordinaria de dinero, exigiéndome a cambio ocultar a la perfección el agujero que le había destrozado una parte de la frente, borrar de su rostro esa expresión de insondable angustia y devolverle el sosiego... Sintiendo por primera vez un atisbo de piedad, me esmeré en darle la belleza de su juventud. Empleé todos los recursos de mi arte y el resultado fue sublime: la difunta ostentaba un rostro de mujer de 20 años que ha tratado de conservar idéntico, durante tres décadas, en una lucha diaria frente al espejo, ayudada por costosos cosméticos e inyecciones cutáneas.

Desperté de su siesta a Loïe del cielo y, orgulloso, le mostré mi obra. Ella movió su rostro azul de un lado a otro. Murmurando «En lugar de una bella mentira es mejor una bella verdad» con una total autoridad, conferida por su pureza infantil, se puso a modificar mi obra.

Después de trabajar desde el atardecer hasta el alba, me enseñó a la muerta. Al verla, caí de rodillas lanzando sollozos de admiración. ¡En lugar de quitárselos, mi niña le había sumado treinta años! Yacía ante mí una dama octogenaria que había envejecido con dignidad, habiendo desarrollado un corazón generoso, una mente sin límites, una fineza de alma, una bondad capaz de bendecir a todo lo viviente. Su cabellera blanca tenía la hermosura de la nieve que reposa en las altas cumbres; las arrugas de su rostro, exhibidas lealmente, eran la huella de un tiempo vivido con dulzura agradeciendo el milagro de existir.

Esa dama de la alta sociedad aceptaba por fin la vejez que tanto había temido alcanzar. Sus amigos y admiradores tendrían por fin la oportunidad de conocerla en el máximo esplendor de su belleza.

13

La felicidad, ¿por qué nos conduce al riesgo?, ¿acaso no puede encontrarse sino junto al peligro mortal? El cariño que Loïe del cielo y yo nos teníamos era tan grande que no podía caber entre las estrechas paredes de la funeraria; para sentirnos a gusto necesitábamos un espacio ilimitado, calles, cielo, aire, gente viva. Con cabellos de difunta le fabriqué una graciosa peluca rubia; gracias a un espeso maquillaje conferí color carne a su piel azul, y oculté sus iris naranja con gafas oscuras. ¡Ya podíamos salir de la madriguera!

Ella, vestida de blanco, tomada de mi mano, dando brincos de alegría, y yo, ceremonioso, con levita negra y un sombrero de copa, nos sumergimos en un río de ciudadanos que agitaban estandartes, fusiles y antorchas. A pesar de que vociferaban canciones violentas y apedreaban las ventanas de ciertos templos, nos parecieron niños jugando a ser malos en una gran fiesta popular. Encantados, cantamos con ellos, lanzamos piedras, y gritamos «¡Horzatt es inmortal!». En cada cruce de calles había una pantalla gigante donde el dictador vociferaba frases que nos parecieron cómicas, tales como «¡Si Dios baja a la tierra y su nariz no me gusta, a Dios mismo mando a fusilar!» o «¡He vencido a esa payasa de la muerte!». Poco acostumbrados a los estremecimientos

epilépticos de la muchedumbre, y en cierta manera aún temerosos de ser descubiertos, regresamos a El Último Adiós. Pero el tentador goce de arriesgarnos hizo que, paso a paso, desdeñáramos el peligro. Confeccioné para Loïe del cielo una levita, unos pantalones y un sombrero de copa semejantes a los míos, y así vestida, siempre con su peluca rubia, su maquillaje color carne y sus gafas oscuras, la presenté como mi ayudante.

Horzatt, para ser aplaudido con fanatismo, sabía ofrecer entretenimientos a sus seguidores: desfiles impresionantes guiados por enormes bandas militares; concentraciones en estadios, donde bajo estallidos de fuegos artificiales se agitaban mares de banderas; fusilamientos públicos semejantes a ballets; y otros múltiples espectáculos donde cantantes, actores y bailarinas, en medio de lentejuelas, plumas, telones brillantes y luces multicolores, más los obligatorios símbolos del Partido, se esmeraban en adular al inmortal dictador. Loïe del cielo y yo, divirtiéndonos con las festivas formas, sin detenernos a pensar en su trágico contenido, nos sentíamos libres y felices. Apenas terminábamos nuestro trabajo –dándoles a los cadáveres expresiones cada vez más alegres–, salíamos a pasear por las calles como si la ciudad fuera un inmenso parque de atracciones.

Delatar, ¿qué impulsa al hombre a este acto? Ni lucro, ni envidia, ni venganza, ni espíritu de justicia. Creo que la delación es un instinto. En uno de nuestros paseos, sin que ningún signo lo anunciara, cayó un aguacero. Esto tomó por sorpresa a Loïe del cielo: las intensas gotas le borraron el maquillaje dejando al descubierto sus manos y su cara azul celeste. Fue lógico: nos delataron.

14

Por fin habíamos terminado de ensamblar el cuerpo de una suicida destrozada por un tren, cuyo acaudalado marido nos la pidió sin cicatrices aparentes y con una cara colmada de felicidad. Como padecíamos repetidas visitas del esposo –preocupado por los comentarios indecentes de sus conocidos, que trataban de dar al deceso un cariz de tragedia romántica entre la desaparecida y un célebre jugador de fútbol que la había sustituido por un compañero de su equipo–, Loïe del cielo me ayudaba maquillada y con peluca. Entraron de pronto cuatro militares portando máscaras antigás y ametralladoras, seguidos de un médico y una enfermera. De inmediato los soldados me inmovilizaron. La enfermera despojó a mi pequeña ayudanta de sus gafas y de la peluca. Luego, con un algodón embebido en alcohol, le quitó el maquillaje. El médico le tomó el pulso, le hizo abrir la boca, examinó su garganta y al fin, desnudándola sin pudor, observó atentamente cada centímetro cuadrado de su piel.

Yo esposado y ella desnuda fuimos obligados a subirnos en una limusina color verde. Durante todo el trayecto, los soldados no dejaron de apuntarnos. A juzgar por el temblor de sus manos, estaban nerviosos. Parecían temerosos. ¿Por qué? ¿Qué mal les podían hacer un anciano y una niña?

Llegamos a nuestro destino. Un palacio monumental con muros cubiertos de mármol verde. Abrió el portón de bronce un lacayo demasiado altivo para su oficio. Él, los cuatro soldados, el médico y la enfermera se alejaron con Loïe del cielo, dejándome en un gran salón donde sólo había una silla, una mesa y un féretro de niño vacío.

Oí el tictac de un reloj, ruido que se fue intensificando a medida que el silencio crecía. A él se

sumaron otros relojes, más y más lejanos. De la ciudad entera, en un coro implacable, me llegaba ese ritmo mecánico. ¿Cuánto esperé, minutos, horas? Entre un latido y otro de mi corazón se extendía una pausa eterna.

El médico, seguido por la enfermera y un militar con ojos de culebra, entró en el salón. La enfermera traía en sus brazos a Loïe del cielo. Parecía dormida. El militar me quitó las esposas.

–Te apoderaste de su cuerpo. Tómallo, es tuyo. Nosotros nos hemos quedado con lo que nos pertenece.

Me dieron a la niña. Su cuerpo estaba helado. Le habían extraído hasta la última gota de sangre.

El militar, restregando su pistola, continuó:

–Viejo traidor, gusano inmundo, te atreviste a desobedecer al Inmortal. Ahora mismo debería reventarte los sesos. Pero el Jefe ha decidido dejarte la vida. Parece que eres importante para sus planes futuros. Quedas requisado por el ejército. Sólo prestarás tus servicios a quien nuestro glorioso Partido te exija. Ahora llévate a tu fiambre. Entiérrala o cómetela, no nos importa.

Deposité a Loïe del cielo en el pequeño ataúd. Me obligaron a vestir un uniforme verde. El automóvil de lujo me llevó de regreso a la funeraria. El chófer, aquejado por una piedad que no le correspondía, accedió a detenerse frente a una juguetería. Compré mil globos blancos y un tubo de gas helio. Ya en el jardín de la funeraria, los inflé, los amarré al cuerpo de mi nieta y la dejé elevarse. Regresó al lugar encantado de donde había venido.

15

Las flores se marchitaron, el cerezo perdió sus hojas, los canarios cesaron de cantar, el aire recuperó su fetidez. Sentado frente a la mesa de mármol vacía, oprimido por mi traje militar, los días se me escurrían como agua en una red. Tres parejas de soldados me vigilaban día y noche, por turnos de ocho horas. Asesinaban el tiempo jugando a las cartas. Me obligaban a comer frijoles y salchichas enlatadas. El único apetito que yo tenía era el de apoderarme de cualquiera de sus armas y darme un tiro en el corazón. ¿Por qué no me enviaban difuntos? Sólo la actividad de maquillar muertos justificaba mi aparente existencia. Con el resplandor de mi alma extinguido, me sentía como un odre vacío.

Apareció otra vez la limusina verde. Su chófer era el militar con ojos de culebra. Me dio la orden de empaquetar mis maquillajes e instrumentos, luego me llevó al palacio de mármol verde. Atravesamos cuartos inmensos, corredores, escaleras, sin ver a nadie. Por fin me dejó en una pequeña oficina y se eclipsó. Entraron diez caballeros vestidos con elegancia, al parecer todos de la misma edad, entre cincuenta y sesenta años, rostros carnosos y amables pero con ojos de una frialdad inhumana. Al comienzo me costó creer lo que me decían, luego me aterró. Después tuve que hacer esfuerzos enormes para ocultar mi odio.

Antes que nada amenazaron con torturarme, cortando pedazos de mi carne hasta hacerme morir con todos los huesos al aire, si no guardaba en secreto aquello que me iban a revelar. Juré guardar silencio.

Supe que ellos eran el cerebro del Partido. Habían contratado un actor al que mediante operaciones y todo tipo de injertos convirtieron en el impresionante Horzatt, una marioneta. Lo hicieron pasar por inmortal gracias a un truco de prestidigitador: una vez al mes lo fusilaban con

balas falsas. Desgraciadamente, a causa de tantos implantes y esteroides, resultó invadido por un cáncer. Lo mantuvieron con vida inyectándole sangre de niños. La última esperanza fue el plasma de la mutante azul. Había muerto hacía una hora.

—La población y el ejército deben seguir creyendo en la supervivencia de su Jefe. Es fundamental para la causa el mito de la inmortalidad. Su labor obligatoria será maquillar a Horzatt para que parezca lo más vivo posible y repetir, cada siete días, esta obra de arte sin que nadie se entere. Ahora mismo se le llevará al Congreso. Allí lo espera el precioso cadáver. Cuando termine su tarea, se le regresará a la funeraria. Esperará sin salir ni ver a nadie hasta que, siete días más tarde, lo vengamos a buscar.

»Mañana, cientos de miles de ciudadanos se reunirán frente al Congreso, ansiosos por ver al Inmortal. A las diez de la mañana las puertas del honorable edificio se abrirán automáticamente. Del suelo surgirá una plataforma donde vendrá, sentado en su trono de oro, el poderoso Horzatt. Impondremos el silencio anunciando que el Inmortal se ha entregado a un sueño reparador que durará cien años... Gracias a usted, una vez por semana, el pueblo podrá desfilar para ver de cerca cómo duerme su divino héroe.

16

El ojos de culebra me depositó en el Congreso. El vetusto edificio, sin albergar un alma viviente, con sus puertas metálicas cerradas y sus ventanas protegidas por barrotes, pareció envolver mi cuerpo como un inmenso vientre ávido. Siguiendo las instrucciones que me habían dado, bajé al sótano. En una cámara frigorífica, tendido en una mesa de aluminio y semejante a un paquidermo fósil, vi el cadáver del líder, vestido con su uniforme de gala. Plumas en la gorra, capa amplia, botas de charol, pantalón ajustado, chaqueta cubierta de medallas. ¡Un títere ridículo! Procedí de inmediato a desvestirlo. Desprovisto de adornos mostró su insignificancia. Me esforcé por odiarlo: me dio pena. Confieso que nunca antes sentí compasión por mis difuntos. Mal o bien, vivieron lo que les deparó el destino. Pero esa pobre cosa que estaba entre mis manos había recorrido la existencia como un muñeco de ventrílocuo, una cáscara vacía. ¿Cómo un ser humano puede despreciarse hasta ese punto...? Pensé en mí mismo: yo también viví sin alma hasta la aparición de Loïe del cielo. Hice un esfuerzo, retuve mis lágrimas y me concentré en realizar un trabajo perfecto. Al cabo de muchas horas, logré cumplir mi propósito. Senté a Horzatt en su trono de oro y abandoné el edificio. El militar, con sus ojillos hinchados por la falta de sueño, me estaba esperando. Ya en la funeraria, bajo las ramas secas del cerezo, me senté a escribir este testimonio.

Los soldados encargados de vigilarme juegan al dominó en el interior del local. Son las diez de la mañana. Frente al Congreso, una multitud de fanáticos aguarda impaciente agitando estandartes y fotografías del dictador. Millares de soldados alzan las manos empuñadas repitiendo con estruendo: «¡Horzatt es inmortal!». En las primeras filas, sin uniformes militares pero luciendo camisas verdes, se agrupan los miembros más destacados del Partido y, en un sitio de honor, los diez caballeros elegantes saludan con falsa humildad. Se inicia la apertura automática de los portones de acero. Una voz emocionada anuncia que el Inmortal se ha entregado a un sueño reparador que durará cien años. Los gritos cesan, todos se paralizan, algunos caen de rodillas, un fervor religioso ilumina los rostros... Comienza a subir la plataforma, aparece Horzatt, desnudo,

sentado en el trono. La muchedumbre lanza un grito de horror, que pronto se transforma en una avalancha de llantos desesperados, exclamaciones de ira, decepción, insultos al Partido. Los soldados corren de un lado a otro cual gallinas sin cabeza. Los diez caballeros elegantes se tambalean. La falsa doctrina se derrumba como un castillo de naipes azotado por el viento. He convertido al cadáver del invulnerable, imperecedero y todopoderoso Jefe Supremo en un montón de carne asquerosa.

Mueca de terror, globos oculares deshaciéndose, lengua sombría colgando como un andrajó, llagas llenas de pus, carnes agusanadas hasta el hueso, vientre abierto como si hubiera reventado, agujero nauseabundo rodeado de tripas, piel con los tonos oscuros de la pudrición. ¡Terminado para siempre el mito del héroe inmortal! ¡Desenmascarados los políticos tramposos! ¡El patriótico ejército convertido en una banda de salvajes criminales! ¡Los ciudadanos avergonzados por haberse dejado engañar!

Pronto, una jauría de soldados fanáticos vendrá a castigarme por haber desenmascarado a su ídolo. Ellos me borrarán de la existencia, la historia los borrará a ellos. Enterraré estas páginas aquí, bajo las raíces del cerezo. El tiempo demolerá la ciudad y sobre sus escombros se elevará una arquitectura en éxtasis y cada vez más próxima al firmamento; las multitudes podrán conversar sin tener espías pegados a sus espaldas, amarse, formar parejas conscientes, con hijos que se desarrollen hacia una meta personal, siendo lo que en verdad son y no obedeciendo los designios de un tirano demente.

Mis últimos pensamientos van a Loïe del cielo. ¿Cómo describir el inmenso cariño que por ella siento? Imposible hacerlo con palabras... En mi oscura noche sin luna, una sola luciérnaga bastó para iluminar todo el cielo.

La increíble mosca humana

Para mi hijo Cristóbal, espejo que me embellece.

(Universidad Charles Darwin. Información confidencial. Grabación de la conferencia impartida por don Ramón Fly en nuestra Aula Central. Puedan estas páginas ayudar al honorable Rector a comprender el porqué de tan gran escándalo.)

Gracias... Gracias... No me fotografien más, por piedad. No soy ningún héroe. Tampoco un fenómeno de feria. Estos fogonazos hieren mi natural modestia. Puede parecer extraordinario que una vulgar mosca haya podido deslizarse entre el género humano hasta llegar a recibir, en reconocimiento de una vida ejemplar, un diploma y un trofeo de esta honorable Universidad; pero, y de ello estoy convencido profundamente, cualquier mosca habría podido hacer lo mismo siempre y cuando, como a mí, el milagro que llamamos azar le hubiera provocado esa expansión de la conciencia, alfilerazo de luz que experimenté en el momento en que escarbaba con mis patas delanteras en lo que entonces me parecía un delicioso excremento perruno.

De pronto me observé desde otro punto de vista, como si mi mente se hubiera desprendido de mi exiguo cerebro y flotara fuera de mi cuerpo, encima de mi cabeza, sobre mis antenas. Con una angustia que me envaró las seis patas y me encarrujó las alas, me pregunté: «¿Quién soy yo dentro de este insecto? ¿Qué hago aquí? Tengo recuerdos confusos de lo que era antes de caer prisionero en el huevo que me engendró. Parece ser que fui un ser humano carente de higiene, parece ser que hice negocios sucios (drogas, ramerías, venta de armas, ¡qué sé yo!), parece ser que me dediqué a una asquerosa actividad llamada “política”, parece ser que un fanático me hizo reventar lanzándome una granada. ¡Socorro, estas alas transparentes, estos tres pares de patas, estas antenas, estos ojos globosos, esta trompa que chupa con avidez los detritus, son mi castigo!».

Me asaltaron toda clase de dudas, entre ellas una principal: «¿Debo inclinarme ante el destino y aceptar un castigo por algo que ya se ha borrado de las memorias, o bien debo luchar, sacudiéndome el yugo de la animalidad, para volver a ser lo que en una vida anterior fui?».

Entre estos dos caminos, uno fácil, compuesto de obediencia, y otro difícil, hecho de rebeldía, elegí el segundo. Decidí convertirme en un ser humano. Pero un ser humano no es solamente una conciencia sino también una forma. Mi pequeño y negro cuerpo de mosca, insoportable cárcel celular, se me presentó como un obstáculo infranqueable. Volando con desesperación de cubo de basura en cubo de basura, aquejado de un atroz sentimiento de soledad, ya que se me había hecho insufrible el moscardoneo eufórico de mis congéneres celebrando el aroma de la mugre, me alimenté para sobrevivir sólo de restos de frutas, rechazando las materias en descomposición, excrementos disueltos por la bruma matinal o secreciones glandulares. Fue, lo confieso, una decisión que me obligó a frenar, muchas veces con gran dificultad, la gula del insecto en el que yo aún habitaba.

Ustedes, distinguidos profesores, alumnos y periodistas, que desde que fueron dados a luz en este mundo pudieron habitar en un cuerpo humano, quizás tengan dificultad en comprenderme cuando les confiese que la fetidez de la podredumbre se me antojaba un sublime perfume, y el gusto de cualquier deyección, en mi trompa bucal era mejor que el más refinado de los manjares que les sirven en un restaurante gastronómico. Sin comprender de dónde me venía ese absurdo deseo de limpieza, busqué alimentarme en lugares donde los humanos rendían culto a valores

sagrados. Pero en esas iglesias abundaban, mezclados con el olor del incienso, ciertos efluvios que desprenden los sexos insatisfechos: una tentadora atmósfera de la que, habiéndome dado como ideal la pureza, decidí escapar. Aguijoneado por el hambre, luchando por no refocilarme en los sabrosos basurales de la ciudad, volé hacia territorios menos habitados.

Un azar, al que traicionando el sistema racional que tanto me costó adquirir no vacilo en llamar destino, me hizo encauzar mi desesperado vuelo hacia un terreno protegido por barreras de alambres de púas, donde camiones blindados descargaban residuos radioactivos. Ellos me atrajeron tal como un imán atrae a una partícula de metal. Lamí, chupé, comí, tragué, en una verdadera orgía gástrica. Normalmente debería haber muerto, pero una capacidad insospechada de mi organismo me hizo digerir estas materias tóxicas transformándolas en una especie de abono celular. ¡Oh, milagro: comencé a crecer! En unas pocas horas alcancé el tamaño de un ser humano. Los soldados que procedían a la descarga no tardaron en verme, con el consiguiente espanto. Advirtiéndome que alzaban sus rifles, emprendí el vuelo. No me sentí a salvo hasta que me interné en una cueva que encontré en el flanco de un cerro. Comprendí que los humanos no tenían ningún órgano que les permitiera ver el alma de sus semejantes, sólo juzgaban al ser por su forma corporal. Decidí asemejarme a ellos tanto como me fuera posible. Doblé el par de patas de en medio hasta que quedaron detrás de mi lomo, entrelazadas, como un cinturón. Mis delicadas alas fueron plegadas hasta formar dos compactas jorobas.

Compréndanme, estimados profesores, alumnos y periodistas: si privarme del uso de dos patas no me afectó mayormente, el replegar mis alas me hizo derramar por las facetas de mis córneas una lluvia de lágrimas. El vuelo de las moscas puede parecer caótico, pero en verdad es una danza que celebra la libertad de vivir en un espacio infinito. Pero, en fin, nadie puede llegar a una meta suprema sin hacer sacrificios...

Mi primer paso en el camino que me elevaría hacia la condición humana fue precisamente un descendimiento, es decir, una pérdida del espacio celeste. Di a las patas ⁵ y ⁶ el rol de piernas y me alcé, vertical, pleno de orgullo, con mis patas ¹ y ² convertidas en brazos. Traté de marchar imitando a aquellos que tantas veces había visto deambulando sin aparente rumbo por las calles. Me costó manejar estos «brazos» y estas «piernas». Muy difícil fue coordinar el miembro superior izquierdo con el miembro inferior derecho, y el superior derecho con el inferior izquierdo. No sólo balanceaba juntos los brazos sino que también experimentaba dolorosas tensiones en las patas replegadas en mi lomo, que en todo momento querían participar. Por la extrema rapidez de mis gestos, adiestrado como yo estaba por haber pasado tanto tiempo esquivando los coletazos de animales y otras bestias cuando les succionaba golosamente los residuos del ano, me costó horas y horas aprender a desplazarme arrastrando los pies por el suelo. Enseñé a mi cuerpo la extrema lentitud de los individuos en cuyo enjambre yo aspiraba a ser aceptado. La misma tenacidad que empleaba sorteando toda clase de palmetazos para libar las secreciones de individuos poco aseados, la empleé en lograr ese andar vertical y pesado que me abriría las puertas de la sociedad humana.

Abandoné mi escondite y caminé hacia la ciudad imbuido de un orgullo tan grande como mi esperanza. Creí ser lo contrario de esas bestias que los cazadores aprisionan y meten en una jaula que ellas, evidentemente, odian. Clamé, avancé, corrí buscando «cazadores» que tuvieran la extrema caridad de meterme en la jaula, jaula que, por una extraña conformación de mi espíritu, me parecía la sede de la libertad, en tanto que el espacio infinito se me antojaba una insoportable prisión.

Canté victoria demasiado pronto. Todos aquellos que por casualidad se cruzaron en mi camino

huyeron a todo correr gritando «¡Socorro, un monstruo!». Sentí por primera vez en mi vida, como un puñal que me atravesara el corazón, la vergüenza. Un calor insoportable invadió el bulto asqueroso que imprudentemente había llamado «mi cara». Vergüenza infinita de ser lo que yo era, de cada una de mis sucias impulsiones, de mi trompa bucal, de las ventosas que en lugar de dedos coronaban mis extremidades, en fin, de la hediondez que emanaba de mi alma.

Quise expresar mi desamparo lanzando sollozos, y me surgió un grotesco zumbido. Agobiado por esa aplastante sensación de fealdad, gracias al impensable que ustedes llaman Dios, apareció de pronto en las tinieblas de mi mente, cual una corona real o una aureola, el concepto de belleza.

Comprendí, en ese crucial instante, que en la permanente impermanencia de la vida la verdad era una meta ilusoria, un diamante que no cesaba de esfumarse; en tanto que la belleza, intangible resplandor, era el maravilloso perfume de todo aquello que arrastraba el torrente del tiempo. ¿Qué importaba mi sufrimiento, comparado con la eternidad? Entonces (pensamiento que fue la raíz de mi éxito), con una convicción avasalladora, decidí que convertirme en ser humano era sólo una breve estación en el camino que me llevaría a ser un dios, infinito e inmortal.

Dejó de importarme el repudio de aquellos que desde ese momento, con una altivez que hoy me parece detestable, consideré unos bípedos insensatos. Todos corriendo de un lado para otro, comprando falsos pasados y vendiendo falsos futuros, exhibiendo carteles que, aunque invisibles, no cesaban de proclamar absurdamente «¡Yo soy yo!», «¡El mundo tiene un centro: mi ombligo!». Comprendí que sus formas humanas eran sólo un espejismo mental, y que en lo más recóndito de ellos anidaba un vacío semejante al que yo sentía. Apareció en mi mente un pequeño poema en prosa: «Es mi alma una gota de rocío y nada más, puerta abierta hacia las infinitas dimensiones del amor».

Supe, al dejar entrar en mi conciencia la palabra «amor», que lograría todo aquello que yo me propusiera, aunque pareciese una locura irrealizable. Quiso el destino que las facetas de mis ojos descubrieran, en las afueras de la ciudad hacia la que me encaminaba, la carpa de un circo que lucía un parpadeante letrero: «¡Las Águilas Humanas!». «Bueno, si las águilas pueden hacerse humanas, ¿por qué no una mosca?», me dije. Ingenuo de mí, no me di cuenta de que «águila humana» era para ellos un eximio trapecionista. Error que me fue en extremo útil. Si no hubiera creído que un ave rapaz puede convertirse en un bípedo sin plumas, nunca me habría atrevido a entrar en la pista y ponerme frente al sorprendido domador, que, en esa mañana memorable, trataba infructuosamente de educar a unos gatos.

A modo de presentación, para que de inmediato me admirara, di veinte saltos mortales, hice equilibrios cabeza abajo apoyado en una ventosa y comencé a girar convertido en remolino; después, brincando, alcancé un trapecio, hice múltiples piruetas y luego bajé en equilibrio por un cable. Terminé mi exhibición arrojándome frente a él para chuparle la mugre de sus zapatos.

Los gatos, convertidos en bolas peludas, corrieron a refugiarse bajo las butacas. El domador – a quien no llamaré más por su oficio sino por su nombre, Jacinto–, con una desmesurada expresión de codicia, me vio como un tesoro que le cayera del cielo. Retrocedió, agitando una de las sardinas con que premiaba las escasas gracias de sus gatos, esperando así que yo lo siguiera hasta su carromato. A pesar de que en esos momentos, dominando mi gula de mosca, trataba de sentir asco por las carnes viscosas, estiré mi trompa, como si la única cosa que deseara en el mundo fuera devorar tal inmundicia, y lo seguí. Entrar en ese carromato donde flotaba un acogedor olor a gases intestinales, sudor de axilas y queso rancio, me hizo sentir que había encontrado un hogar. Jacinto sacó de un baúl un traje de payaso y, esgrimiendo un látigo, ordenó que me lo pusiera. Hecho esto, volvió a escarbar en su baúl, extrajo una máscara de chino, que también con gesto y

voz amenazadores exigió que me pusiera, y gritó: «¡A partir de este momento eres un acróbata chino! ¡Te llamas Ping-Ping! ¡Si me obedeces y haces las cosas bien, te daré sardinas! ¡Si me desobedeces y la cagas, te daré latigazos!»). Para corroborar lo que me había dicho, me hizo tragar una sardina y luego me dio un feroz latigazo. Todo lo soporté sin lanzar un zumbido. Sabía que ésa, a pesar de su crueldad, era la primera puerta que se abría para permitirme entrar en la comunidad humana.

Trabajé con la obstinación con que sólo una mosca puede hacerlo. Mi labor consistía en efectuar entradas cómicas después de cada proeza de los artistas. Hice reír enredándome en trapecios, cayendo de caballos que circulaban al galope por la pista, simulé sentir pánicos que me hacían trepar por las rejas de la jaula para leones donde parecía haberme quedado encerrado, me batí contra un canguro que tenía un guante de boxeo en la cola, me dejé bombardear con pasteles por una horda de payasos, todo ello salpimentado con mis asombrosos brincos acrobáticos.

Poco a poco el público me fue conociendo, y pronto los espectadores se convirtieron en multitudes que llenaban las graderías ansiosas de olvidarse de sus preocupaciones cotidianas, gracias a los ataques de risa que les daban mis payasadas, torpezas que siempre terminaban en una sorprendente serie de saltos. Aumentó mi fama. Me exhibí en todas las grandes capitales del mundo.

Jacinto, a pesar de su mal carácter, sobre todo cuando estaba borracho, cosa que le sucedía a menudo, era un buen hombre. Lo conocí tan delgado como una de esas varillas de harina que llaman espagueti, pero de tanto saborear guisos con la riqueza que mi talento le proporcionaba, se convirtió en una panza ambulante. Apenas me daba un par de latigazos comenzaba a sudar y resollar. Se sentaba entonces en el borde de la pista –su trasero ya no cabía en una silla– y con una sonrisa doliente, como si él fuera la víctima y yo su verdugo, murmuraba: «Querido Ping-Ping, el público es un ángel con dientes de demonio. Te admira avasallado por tu pericia, pero esperando con envidia que cometas un fallo: entonces deja escurrir el torrente de su desprecio. Finge una dolorosa decepción cuando se va, pero en el fondo está alegre porque te has caído del zócalo, y nunca más vuelve a nuestro circo. ¡Tus torpezas son puñaladas que das a mi bolsillo! Si no quieres regresar a la pobreza y volar de bazofia en bazofia, como la miserable mosca que eras, perfeccionate sin cesar, con las ansias de un explorador que, perdido en el desierto, implora la lluvia».

Escuché religiosamente sus palabras y las puse en práctica con el mejor de los resultados: en un lapso de dos años mi éxito fue tan grande que otorgaron a la carpa un nuevo letrero, mucho más luminoso que el anterior: «¡Circo del Payaso Ping-Ping!».

Pasado el ataque de orgullo que me produjo verme elevado a la calidad de estrella, sentí que había llegado el momento de abrir la siguiente puerta. Aparte de los ejercicios físicos, escondido en el retrete, guiándome por un excelente manual, había aprendido a leer en silencio –porque aún no tenía boca ni lengua, sino trompa– y a escribir –de forma imaginaria, al no tener dedos para sostener una pluma–. Una mañana, la recuerdo muy bien porque soplaba un viento huracanado que amenazaba llevarse la carpa, me puse de rodillas en medio de la pista, y en el aserrín que la cubría, con la ventosa de mi pata superior derecha tracé unos torpes surcos que, ante el asombro aterrado de Jacinto, eran letras: «Yo pienso. Dame manos y pies. Dame una boca».

Mi amo, de esa sorpresa aterrada pasó a experimentar un ataque de risa. Luego, a pesar de su excesivo peso, se puso a dar saltos de entusiasmo como si fuera un nene. «¡Increíble! ¡Maravilloso! ¡Eres un insecto que sabe pensar y escribir! ¡Agrandaremos tu número: el público te hará preguntas y tú responderás escribiendo con tu pata en el suelo! ¡Claro que... pediremos que

no te pregunten cosas complicadas que con tu simple cerebro de insecto no podrías responder! ¡Tendremos un éxito grandioso!» Esta incompreensión absurda, producto de una orgullosa rigidez mental –¿por qué ese bruto no aceptaba que yo no era ya un animal?–, hizo que me declarara en huelga. Me encerré en mi carromato, desaté las patas que yacían entumecidas pegadas a mi espalda, subí por la pared y me pegué al techo.

Esa noche, la carpa estaba llena a reventar. Como no aparecí después de haber sido anunciado, el público comenzó a protestar. Jacinto vino a buscarme, enarbolando su látigo, furioso, sudado y resollando. Casi tuvo una crisis cardiaca al verme adherido con seis patas al techo. Se dio cuenta de que mi decisión era irrevocable: o me daba lo que le pedía o me quedaba ahí encaramado hasta morir de hambre. ¡Ruina inminente...! Arrojó el látigo por la ventana, cayó de rodillas y, llorando, angustiado prometió someterme, con el mejor de los médicos, a una operación de cirugía estética en la que se me realizaría todo lo que yo pidiera. Volví entonces a plegar en mi espalda las patas intermedias, me disfracé de payaso chino y me entregué de lleno a mis famosas piruetas sabiendo que ésa sería la última actuación de Ping-Ping. Pronto regresaría convertido en ser humano.

Jacinto cumplió lo prometido. Sin escatimar el dinero, me proporcionó un cirujano genial que, con la promesa de guardar el secreto, me injertó dos manos, dos pies, me cortó las patas medianas y, eliminando mi incongruente trompa, me fabricó una boca con su correspondiente lengua, extraída de un cadáver fresco. Todos estos cambios me llenaron de placer y esperanza. Sólo la ablación de mis alas, aunque ya dañadas por estar replegadas tanto tiempo, me causó una tristeza inesperada. Me repuse de inmediato, sabiendo que para llegar a una meta sublime hay que estar dispuesto a sacrificar parte de uno mismo. Sin pensar más en la pérdida del vuelo, me entregué a la alegría. A pesar de que debía cubrir mis ojos tan llenos de facetas con unas gafas negras, ¡ya tenía cara, ya tenía una boca que podía hablar, ya tenía unos dedos que podían estrechar manos amigas!

Lo primero que hice fue subir hasta la cima de un cerro y desde ahí, abriendo los brazos, lanzar miradas abarcando toda la ciudad. Nació en mí una voz tan potente que no pude hacer otra cosa que clamar: «¡Yo soy de vosotros, vosotros sois míos! ¡Os amo! ¡Os amo a todos!» Llevando el mundo entero en mi corazón, bajé por el cerro dispuesto a fundirme en la humanidad. ¡Cruel decepción! Abajo me esperaba una jauría de periodistas, fotógrafos, cámaras de televisión y excitados curiosos. El cirujano era tan genial como mentiroso. A pesar de haber ganado una fortuna con mi transformación, jurando guardar el secreto, no tardó en llamar a todos los medios de comunicación distribuyendo fotos del «antes» y del «después» que revelaban que yo era una mosca convertida en hombre.

La humanidad no me había aceptado como un igual, pero sí como un monstruo apacible al que concedía una notoriedad inmensa. No se conmovieron cuando respondí a las innumerables preguntas, ¿por qué esto, por qué lo otro, por qué aquello?, con una sola palabra: «Amor». No les conmovió mi universal sentimiento sino el fenómeno, nunca visto antes, de que una mosca hablara. Habrían reaccionado igual si en lugar de «amor» hubiera dicho «odio». El mundo entero quería verme y oírme. De esto se aprovechó Jacinto, feliz de fotografiarse junto a mí para aparecer en todos los periódicos y pantallas, declarándose mi amo absoluto. Al sacarme de la clínica me había hecho firmar con mi mano nueva un voluminoso contrato donde le cedía mi libertad in sécula seculorum. Aún resuena en mis órganos auditivos su voz de amo: «¡Ya no es necesario que malgaste tiempo, energía y dinero en mantener una compañía circense! ¡Tú, solo, puedes llenar

estadios con cupo para más de cincuenta mil personas! ¡Te presentaré como “La increíble mosca humana”!».

Tal como vaticinó Jacinto, atraje multitudes. Este éxito sin precedentes no me alegraba. Los aplausos que recibía los sentía como bofetadas. Los plaf-plaf de las palmas entusiastas me clavaban en el insectario cultural: yo era un intérprete con talento, simpático, admirable, pero todo aquello había sido construido sobre una sola base: la de ser una asquerosa mosca. Si me quitaran esa base, mi gloria entera se desmoronaría. Seguí actuando con todas las fuerzas y el entusiasmo que podía, sin mostrar mi dolorosa depresión. No me dejé vencer. Continué y continué, de estadio en estadio, de país en país, sumergido en las multitudes humanas al mismo tiempo que en mi profunda soledad espiritual.

Mi show consistía en tres imitaciones que, modestia aparte, considero que superaban a mis modelos: actuaba como Marlon Brando, zapateaba como Fred Astaire y cantaba a grito pelado como un gitano español. Un abominable multimillonario, del que por decencia no quiero revelar su nombre, convenció a Jacinto, gracias a unos seductores kilos de dólares, para que yo me presentara durante la fiesta de cumpleaños de su hijo en los jardines de su mansión. Las personalidades más importantes del mundo político y económico estarían allí reunidas. Ante el látigo amenazador de mi voluminoso amo, no pude negarme.

Confieso que el ambiente era en extremo agradable. Refinadas mesitas con pequeñas lámparas se extendían por un jardín cuajado de flores, donde señores con esmoquin y señoras con traje largo y relucientes joyas picoteaban entremeses y bebían champán en copas de cristal. A ras de suelo, una alfombra de fina madera, iluminada con altos y gruesos cirios, servía de escenario.

Mis dudas se disiparon. Me sentí bien. Comencé mi actuación. Poco a poco mi placer de imitador se fue enfriando. Nadie reaccionaba, nadie se reía, nadie aplaudía. Me miraban inmóviles, como si fueran estatuas de cera. Por más que me esforcé, no pude seducirlos. Desesperado, me detuve y los miré tan quieto como ellos. De pronto, entre las mesas vi avanzar al hijo del multimillonario, un niño de ocho años. Él era el único que sonreía. Mostraba un bulto oscuro en su mano extendida. Al llegar junto a mí, horror de los horrores, vi que traía una tarántula. ¡Sí, como lo oyen, una peluda, enorme, espantosa araña! Evidentemente yo sabía que esos animalejos no tienen veneno y que pueden domesticarse como gatos, pero en mí, lo supe en ese momento, quedaba un fondo oscuro compuesto de terrores pertenecientes a las moscas. Vi a ese adefesio de ocho patas más grande que un elefante. Temblé convulsivamente, di alaridos como si fuera un puerco al que degüellan y, en medio de las carcajadas generales, porque las estatuas de cera por fin se animaron mostrando sus espíritus abusivos, me oriné y defecué. Y cuando el cruel muchacho me lanzó encima la tarántula, caí desmayado. Antes de estrellarme contra el suelo, tuve tiempo de escuchar los atronadores aplausos de la elegante concurrencia, no dirigidos hacia mí sino hacia el pequeño festejado.

Desperté en la habitación del hotel en el que vivía con Jacinto. Vi que me había bañado. A pesar de sentirme humillado y ofendido, me levanté para agradecerle tan amable gesto. Lo encontré, entre pedazos de jamón, latas de caviar y restos de filetes de carne importada de Argentina, tirado en el suelo, víctima de un derrame cerebral. Imposibilitado para hablar y andar, tuvo que permanecer en una silla de ruedas, construida especialmente para que cupiera en ella su tremendo culo. Al poco tiempo, murió legando la fortuna que había amasado, gracias a mi talento, a una gorda prostituta que decía amarlo compartiendo sus comilonas. No me importó que me dejara en la miseria. Libre de ese amo tiránico, dejé de dar mis representaciones, me escondí en

un edificio abandonado y, volviendo otra vez a comer lo que encontraba en los cubos de basura, me dediqué a estudiar, preparando mi venganza.

Los hombres tenían una familia, yo no. Tenían una sociedad, ella a mí no me aceptaba. Tenían una cultura: ¡de ésta sí que podía yo apropiarme! Hábilmente disfrazado, visité las bibliotecas públicas. Gracias a las múltiples facetas de mis ojos pude leer muchos libros a la vez. Mi cerebro de mosca resultó más potente que el humano. En poco tiempo dominé la sociología, la psicología, las ciencias económicas, las estrategias militares, las técnicas del lavado cerebral y, sobre todo, las del triunfo en los negocios. En mis giras artísticas, aparte de presentarme en los tinglados, me había paseado por las calles para ver cómo estaba constituida la sociedad: vi multitudes de miserables obligados a trabajar, del alba al anochecer. Los vi ser perseguidos a la menor protesta. Los vi ser golpeados, encarcelados, asesinados. Todo ese montón de harapos formaba la base de una pirámide de poder en la que, capa por capa, los hombres se iban torturando y explotando. La capa de arriba aplastaba a la de abajo, otra a ésta, la de más arriba a la otra y así hasta llegar al tope de la pirámide, donde unos pocos individuos dominaban a la humanidad.

Un día en mi retiro, hastiado de devorar con placer cualquier resto podrido, juré con rencor: «¡Mi inteligencia me permitirá subir los escalones! ¡Llegaré a lo más alto! ¡Lo que la raza humana no quiere darme, yo se lo arrebataré!».

Dejé mi escondite y me escurrí entre el basural humano, donde en vez de sucios detritus había instituciones, y en vez de moscas, personajes que hablaban de leyes, de principios y de moral, pero que al dejar de hablar, para continuar lucrándose, violaban esas leyes, esos principios y esa moral.

Con mirada retrospectiva, puedo decir que las cosas se presentaron relativamente fáciles para mí. Yo era una mosca acostumbrada a insistir para libar las inmundicias, esquivando coletazos, palmadas y chorros de insecticida. Desconfiando siempre, cada mosca era una rival; la rapidez en chupar el néctar del despojo ansiado antes de que otras trompas llegaran a chuparlo era esencial para asegurar mi vida: un continuo combate. Al entrar en la vasta red de la ciudad, tenía eso en mi haber, y también el ser «distinto», una especie de monstruo, que por su sola presencia física podía ganarse la vida.

El dinero vino solo. Recomendé a actuar exigiendo que subieran el precio de las entradas. Bien pronto me di cuenta del valor obsesionante del dinero cuando mi nuevo empresario se escapó con las ganancias de un mes. Al verme solo, cayeron sobre mí cientos de vampiros cobrándome precios exorbitantes por todo: por admitirme en un hotel, por alquilarme un coche, por atenderme en los restaurantes, por confeccionarme trajes a la medida. ¡Para ellos yo aún era un insecto: se permitían el derecho de abusar de mí! Yo pagaba sin protestar, pues sabía que ésta era la manera de comenzar a invadir la sociedad.

Una tarde, por fin, después de esperar horas enteras haciendo cola en una oficina gubernamental, recibí un papel sellado que atestiguaba mi calidad legal de hombre. Al salir de aquella oficina, penetré una vez más en la ciudad, agitando mi papelito, uno de los múltiples diplomas que recibiría y también compraría durante mi carrera para llegar a la cima. Me habían dado de un solo plumazo un alma. Ya podía mirar a mis conciudadanos directamente a los ojos, con pleno derecho de esquilmarlos, como ellos habían hecho conmigo.

Dejé de actuar. Me convertí en empresario y presenté espectáculos. Adiviné lo que quería el público y se lo di. Puse una gran jaula en medio de un estadio y aprovechando el torvo instinto que hace que los humanos sientan que los animales son sus enemigos, consiguiendo permisos a punta de billetes, organicé luchas a muerte entre hombres y bestias feroces. «¡Hoy, gran combate!

¡Cuatro luchadores enmascarados contra un lobo, un oso, un león y un perro hidrófobo!» Evidentemente, los animales salían a la pista inyectados con una buena dosis de narcótico. Los humanos siempre ganaban. Se hincharon mis bolsillos.

Invertí mi capital, con sagacidad mosquil, en la bolsa de valores. «¡Secretario, haga correr la voz de que las acciones de Metalúrgica S. A. se han devaluado, que esa compañía está al borde de la quiebra! ¡Cuando cunda el pánico y todos quieran vender, cómprelas ofreciendo el mínimo!» Cuando un hombre desesperado me imploraba: «Colega, perdí toda mi fortuna con la bajada de la bolsa, estoy al borde del suicidio, por favor, présteme...», mi respuesta era feroz: «¡No presto!». Sí, supe ganar en la bolsa de valores. A medida que mi fortuna iba creciendo, la gente me dejaba de ver como a un extraño para sólo admirar mi poder. ¡A mí, una mosca, uno de mis «socios», de rodillas, me limpió el calzado!

Siempre con la gula de acrecentar mi fortuna y mi imperio, me dediqué a la jugosa industria de la fabricación de armas, hermana con la fabricación de vacunas para imaginarias pestes, que mis cadenas de radio, televisión y periódicos inoculaban en la mente aterrada de los ciudadanos.

En una de mis mansiones señoriales se ofrecieron recepciones mundanas, en las que mis invitados desterraron para siempre vocablos como «desperdicios», «estiércol», «mugre», «zumbido», «insecticida», etc. Algunos aduladores, que ostentaban un diploma de «genealogistas», osaron hablarme de mis «honorables padres» y de mi bisabuelo «el archiduque de tal y tal». Puesto que legalmente yo era un hombre, no pudo faltar una baronesa que, no ignorando que mi aparato sexual era un espinoso dardo, condescendió en otorgarme su mano, llevada por su afición a mi cuenta bancaria. Aceptar esa descarada comedia significaba para mí el último paso, no ya dado ante ustedes sino ante mí mismo, para probarme que me había escurrido a fondo en el estercolero humano. Nos casamos, una boda filmada por la televisión, con banquete monumental, padrinos pertenecientes a la alta política, estrellas de cine, aduladores, etc.

La baronesa, después de haber atesorado una docena de abrigos de chinchilla, y otros tantos automóviles y amantes, abandonó mi compañía declarando que no podía soportar que, en todo momento, yo fuese el centro de las reuniones. Sospecho, más bien, que partió porque le cerré su cuenta bancaria. Esta separación no me importó: recibí por lo menos cinco mil cartas, provenientes de todos los puntos del globo, de mujeres dispuestas a «sacrificarse» para mitigar mi pena.

Llegó un momento en que, en el máximo del poder económico, y teniendo bajo mis plantas legiones de trabajadores, banqueros y políticos, siendo lamido por la adulación a cada minuto, tuve no sólo el derecho de humillar a quien me diera la gana, sino también el de ordenar que mis enemigos fueran asesinados... Estuve a punto de hacerlo, pero en el momento en que iba a dar la mortal orden experimenté otra vez esa expansión de la conciencia semejante a un alfilerazo de luz. Me dije: «Este planeta es sólo un átomo en el universo, y tú también no eres sino un átomo. Incluso si te convirtieras en el rey de esta Tierra por donde te arrastras, sólo serías un átomo entre otros millones de átomos. ¿Vale la pena sacrificar tu verdadera esencia para obtener un beneficio despreciable? ¿Cuántos años hace que no viajas de un cubo de desperdicios a otro, que no saboreas con la calma necesaria una exquisita carroña, que no revoloteas en el aire, con una igual? ¿Cuántos años hace que luchas con cuanto ser humano se te pone por delante para vengarte de aquellos que te lanzaron una tarántula? ¿Qué has logrado? ¿Integrarte? Pero si estás más aislado que nunca, no siendo lo que eres sino lo que los otros quieren que finjas ser».

Decidí entrar en esa antesala del cementerio que los humanos llaman «jubilación» y vivir de mis rentas. En mi mansión, tan vacía de compañía que al menor de mis respiros me respondía con

un tremendo eco, con las antenas caídas y una botella de coñac en la mesa, sentado frente a una ventana, balanceándome en la mecedora, miraba pasar las nubes. Maravillosas formas sin alas, que sin embargo pueden volar. Yo, con estos dos horribles muñones en la espalda, habría dado todo cuanto poseía por ser como ellas...

No distinto de un barco que se hunde, me sumergí en el aburrimiento. Por las noches me esperaba en el lecho una mosca hembra, a la que a punta de cheques logré que hicieran crecer hasta alcanzar mi tamaño. Con ella, si no volando por lo menos zumbando, lo pasaba relativamente bien. Pero de día no quería verla, pues tenía en sus ojos el brillo de un insecto perturbado por el amaestramiento y en su trompa el hedor de materias fecales que no deseaba recordar.

Harto ya de esa asfixiante inercia, habiendo leído una frase de un poeta cuyo nombre no recuerdo, «Lo que das te lo das y lo que no das te lo quitas», decidí ponerla en práctica. Hice donaciones importantes a hospitales, a escuelas..., pero sobre todo envié toneladas de alimentos a los niños desnutridos de todo el mundo, no sólo por piedad hacia ellos, debo confesarlo, sino también por ternura hacia los enjambres de moscas que los acosaban. En fin, me convertí en benefactor de este mundo, un mundo que, al no amarme sino tolerarme, considera que me hace un supremo favor en aceptar lo que le doy.

De todas maneras, distinguidos profesores de esta ilustre Universidad, vosotros creéis que he logrado lo que me propuse lograr y por eso me habéis enviado una respetable invitación para otorgarme un diploma de miembro honorario más un trofeo, objetos que yo debo recibir narrando mi vida, con esa florida retórica que vosotros sabéis manejar tan bien. Pero llegado a este momento de mi existencia, no puedo menos que preguntar: ¿con qué derecho me premiáis? ¿Quién os ha dicho que llegar a pertenecer a vuestra institución significa haber triunfado? Por el contrario, pienso que en lugar de emocionarme por esos premios, en este momento, con toda mi..., ¿por qué no decirlo por fin?, con toda mi espantosa y equivocada vida extendida ante mis facetas oculares, debo más bien despreciarlos, porque una sola cosa he sacado en limpio de toda mi odisea: ¡la vida así no tiene sentido!

Antes sí lo tenía, chupar la mugre era chupar la mugre, oler la caca era oler la caca, fornicar en el aire era fornicar en el aire. Yo no era más que un pedazo de cielo, un trozo más de tierra. En tanto que hoy, convertido en una isla, dándome de golpes con las otras islas que sois vosotros, angustiado en esta atroz soledad, no encuentro el menor placer. Sólo dos palabras me taladran segundo a segundo la cabeza, el corazón, el sexo: «¡Quiero volar!». ¡Olvidar vuestros rostros tan artificiales como el mío, olvidar vuestros días huecos rellenos con palabras, olvidar vuestra rígida razón injertada en un cuerpo adiposo, olvidar vuestra soberbia, vuestra codicia de honores, olvidar esa cosa salvaje a la que llamáis «educación»! ¡Llevo dentro de mí un alma que no tiene forma, ni de mosca ni de ser humano! ¡Quiero que por fin mi conciencia estalle como un astro luminoso, cada célula de mi cuerpo convertida en espíritu! ¡Doy toda mi fortuna, todos los objetos que poseo, todos mis coches, todas mis mansiones, todos los diplomas, todos los trofeos por un par de alas! ¡Volar! ¡Volar! ¡Volar!

(Don Ramón Fly hizo pedazos el diploma de profesor honoris causa otorgado por nuestra Universidad, agredió a un periodista usando como martillo el trofeo que le fue adjudicado, empezó a dar saltos anormales, con agilidad sorprendente trepó por una columna, llegó al cielo raso, rompió los cristales de la claraboya central y huyó hacia el exterior. Se le vio correr por los

techos, agitar los brazos como si fueran alas y por último lanzarse al vacío. Se estrelló contra la estatua de nuestro venerable fundador.)

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: febrero de 2015

En cubierta: Ilustración de © Alejandro Jodorowsky y Pascale Montandon
© Alejandro Jodorowsky, 2009
© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2015
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16396-33-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com